

Otros títulos de las Ediciones
Normalismo Extraordinario:

196. Varios autores
*Formación docente e
Investigación en Yucatán*
(Investigación)

197. Edgardo Díaz Colín,
Daniela Patricia Martínez
Hernández, Alejandro Trejo
Ávila (Coordinadores)
*Paradigmas y modelos para la
formación integral en la Nueva
Escuela Mexicana*
(Propuesta didáctica)

198. Tania Hernández
Basurto, Cutberto José
Moreno Uscanga
*Experiencias, retos y propuestas
en el proceso de titulación en las
escuelas normales de Veracruz*
(Antología de varios géneros)

199. Varios autores
*Voces de la movilidad,
a 10 años en Francia.
Aprendizajes, amistad y
colaboración en la gestión de las
Escuelas Normales*
(Crónica)

200. Amaranta Ramos
Sánchez, Cynthia Zamora
Pedraza (Compiladoras)
*Narwatlajtol, totlatijpan iwa
tonelwayo kanto altépetl México.
Lengua ambiente e identidad en
México*
(Antología de varios géneros)

Esta obra: El arte de imaginar: Historias normalistas, es una antología de escritos creados por estudiantes normalistas de la Escuela Normal de Ticu, Yucatán, México. El proyecto nace de un taller de escritura, impulsado para que jóvenes docentes en formación exploraran su creatividad y expresaran emociones, recuerdos, sueños e inquietudes. Reúne relatos muy diversos de amor, amistad, familia, pérdida, identidad, miedo, esperanza, superación, fantasía, guerra y crecimiento personal, cuyo eje común es la búsqueda de sentido y pertenencia: los personajes aprenden a quedarse, sanar, elegir familia, perseguir sueños o aceptar cambios. El libro funciona también como reconocimiento al talento joven, mostrando cómo la escritura puede formar sensibilidad, voz propia y mirada humana en futuros docentes..



EDUCACIÓN
SECRETARÍA DE EDUCACIÓN PÚBLICA

DGESuM
DIRECCIÓN GENERAL DE EDUCACIÓN
SUPERIOR PARA EL MAGISTERIO



SEGEY
SECRETARÍA DE EDUCACIÓN



Carlos Augusto Magaña Sosa,
Hortencia Maricruz
Peralta Santos, Lourdes Cabrera Ruiz
(Compiladores)

ANTOLOGÍA LITERARIA

El arte de imaginar:
Historias normalistas

201



Ediciones Normalismo Extraordinario

Carlos Augusto Magaña Sosa
Hortencia Maricruz Peralta Santos
Lourdes Cabrera Ruiz
Compiladores

El arte de imaginar:
Historias normalistas

201



Orgullo ENTY



Los autores son docentes en formación de la Escuela Normal de Ticul, Yucatán, que participaron en un taller de escritura creativa y cuyos maestros se dieron a la tarea de compilar los productos logrados. Fomentar la creatividad y la sensibilidad artística en los futuros docentes es tarea valiosa para su formación y, más importante aún, para la atención que brindarán a las generaciones futuras que tendrán en sus manos.

El arte de imaginar: Historias normalistas

Carlos Augusto Magaña Sosa
Hortencia Maricruz Peralta Santos
Lourdes Cabrera Ruiz
(Compiladores)

El arte de imaginar:
Historias normalistas

Ediciones Normalismo Extraordinario

El arte de imaginar: Historias normalistas

Primera edición, 2026

D.R. © los autores

D.R. © 2026 Ediciones Normalismo Extraordinario

ISBN 978-607-643-428-4

El contenido de esta publicación es responsabilidad de los autores.



Dra. Claudia Sheinbaum Pardo
Presidenta de México

Mtro. Mario Delgado Carrillo
Secretario de Educación Pública

Dr. Ricardo Villanueva Lomelí
Subsecretario de Educación Superior

Dr. Julio César Leyva Ruiz
Director General de Educación Superior para el Magisterio

Dr. Jorge Cázares Torres
Director de Profesionalización Docente

Mtro. Joaquín Jesús Díaz Mena
Gobernador del Estado de Yucatán

Dr. Juan Enrique Balam Vázquez
Secretario de Educación del Gobierno del Estado de Yucatán

Mtro. Everth de Jesús Dzib Peraza
Subsecretario de Educación Superior

Mtro. Ernesto Jesús Mena Acevedo
Director de Fortalecimiento de Educación Superior

Lic. José Miguel Rodríguez Sosa
Jefe del Departamento de Instituciones Formadoras de Docentes
y Actualización del Magisterio

Dra. Hortencia Maricruz Peralta Santos
Directora de la Escuela Normal de Ticul

INDICE

Agradecimiento	11
Prólogo	13
Donde el silencio también ama <i>Ashley Annette Acosta Tilán</i>	17
Aquí ya nadie quiere tener hijos <i>Camila Bautista Cupul</i>	21
Seguir cuando ya no queda nada <i>Manuel Abisaí Can Chan</i>	29
El niño que creía odiar la Navidad <i>Brissa Anahí Canché Tzuc</i>	33
Los libros de la biblioteca de arriba <i>Mariaangela Alizee Castillo Rosado</i>	37
La parte que nadie preguntó <i>Frida Sofía Cerón Ramírez</i>	45
La enfermedad antes de la vejez <i>Ingrid Jacqueline Cetz Delgado</i>	49
La pintura del recuerdo <i>Mereni Noemí Chablé Canto</i>	55
Cuando el tiempo me pidió ayuda <i>Romina Isabela Chan Chí</i>	61
Quince días y tres años que dolieron para siempre <i>Héctor Daniel Chimal Kú</i>	63

Mi primer beso	67
<i>María Victoria Coello Morales</i>	
El lazo que nos une	69
<i>Natasha Elizabeth Durán Novelo</i>	
El regalo necesita llegar a él	71
<i>Janely Galilea Dzib Alvarado</i>	
La noche que me encontré a mí misma	73
<i>María Teresa Ek Álvarez</i>	
Un estilo de maternidad que nadie esperaba	77
<i>Yordi Jesús Escobar Montalvo</i>	
Lo que la guerra nos quitó	83
<i>Keyra Jhoseline Falcón Ucán</i>	
Cuando el tiempo se hizo eterno y nunca lograste decirlo	89
<i>Analy Alejandra Galera Espinosa</i>	
Huellas de hermandad	95
<i>Renata Alí López Cámara</i>	
El gol que solo existió en un sueño	97
<i>Ángel Santiago Magaña Ix</i>	
Un amor sabor vainilla	105
<i>Sofía Janeth Mena Tax</i>	
Nadie notó cuándo comenzó a hablar la voz	113
<i>Romel Bernardo Mex Torres</i>	
La flor de sangre y la zarza de oro	117
<i>Vianey Adalí Quijano Uc</i>	

Aunque sea una vez, sin romperme 125
Valeria Alejandra Santiago Yam

El último movimiento 129
Gelitzly Irene Tabasco Espinosa

AGRADECIMIENTO

Todo libro nace de un encuentro. En esta ocasión, el encuentro fue entre la imaginación y la palabra, entre el deseo de contar historias y la confianza para compartirlas con los demás. Estas páginas son el testimonio de ese viaje creativo emprendido por un grupo de alumnos de la Escuela Normal de Ticul, quienes encontraron en la escritura un espacio para dar vida a personajes, emociones y sueños que se encontraban latentes en su mente y corazón.

Este proyecto fue posible gracias a la visión de la Dra. Hortencia Maricruz Peralta Santos, quien imaginó un taller de escritura como el espacio perfecto donde las voces jóvenes de los normalistas pudieran descubrirse, crecer y florecer. Su gestión e iniciativa sembró la semilla de una experiencia que hoy se convierte en este libro y que, sin duda, dejará huella en quienes participaron en ella.

Nuestra más profunda gratitud a la Mtra. Lourdes Cabrera Ruiz, quien condujo este taller con sensibilidad, paciencia y pasión por la literatura. Su acompañamiento fue mucho más que una guía técnica: fue una motivación constante a observar el mundo con ojos de narrador, a escuchar el eco de las emociones, a explorar en sus recuerdos y a comprender que cada historia merece ser contada cuando nace de la autenticidad.

A los alumnos autores, gracias por atreverse a enfrentar la página en blanco, por transformar sus ideas en relatos y por compartir una parte de sí mismos en cada cuento. En estas historias han liberado su creatividad, su constancia y

la esperanza de que las palabras puedan tocar la imaginación y el corazón de otros lectores.

Que este libro sea, también, un reconocimiento al poder de la escritura para despertar talentos, cultivar la sensibilidad y demostrar que escribir es un acto de creación, pero también de generosidad; porque toda historia compartida enriquece la memoria colectiva y toda palabra escrita con el corazón encuentra, tarde o temprano, un lector que la haga suya.

Con gratitud y admiración para quienes soñaron este proyecto, para quienes lo hicieron posible y para quienes se atrevieron a escribirlo.

Mtro. Carlos Augusto Magaña Sosa
Departamento de Difusión Cultural
de la Escuela Normal de Ticul

PRÓLOGO

Las historias nacen de muchas maneras. Algunas surgen de una mirada que permanece en la memoria, de un amor que llega en silencio, de una pérdida que deja huellas imborrables o de una pregunta que insiste en acompañarnos mientras crecemos. Otras nacen de la imaginación, de los mundos posibles que construimos para comprender mejor el nuestro. Todas, sin embargo tienen algo en común: son el reflejo de la necesidad humana de contar, compartir y encontrar sentido a la experiencia de vivir.

La presente antología reúne las voces de jóvenes escritores y escritoras que, desde distintos estilos, géneros y sensibilidades, se atreven a mirar el mundo con ojos atentos y un corazón abierto. Cada relato es una ventana hacia las emociones, inquietudes, sueños y reflexiones que forman parte de la condición humana. En estas páginas encontraremos historias de amor que aprenden a permanecer, amistades que se transforman, familias que se construyen más allá de los lazos de sangre, recuerdos que persisten en el tiempo, despedidas que enseñan a valorar la vida y personajes que descubren la fortaleza que habita en ellos cuando todo parece perdido.

Los textos aquí reunidos nos recuerdan que la literatura no siempre busca ofrecer respuestas definitivas. En ocasiones, su mayor riqueza consiste en plantear preguntas, abrir caminos de reflexión y permitirnos reconocer algo de nosotros mismos en la experiencia de otros. Los personajes que habitan estas historias enfrentan distintos desafíos:

algunos luchan contra sus propios miedos, otros buscan comprender el significado del amor, la familia o la identidad; algunos se enfrentan a mundos imaginarios y extraordinarios, mientras otros recorren escenarios cotidianos donde también ocurren batallas silenciosas. Todos ellos, de una u otra forma, nos hablan de la búsqueda de sentido, de pertenencia y de esperanza.

Esta antología que ha surgido de los docentes en formación del primer semestre de la Licenciatura en Educación Primaria de la Escuela Normal de Ticul, es también testimonio del poder de la escritura como herramienta de expresión y crecimiento. Escribir implica detenerse a observar, escuchar las propias emociones y convertirlas en palabras capaces de tocar la sensibilidad de otros. En cada relato o historia se percibe el esfuerzo creativo de quienes decidieron compartir una parte de su imaginación, de sus inquietudes y de su manera particular de mirar la realidad. Por ello estas páginas representan mucho más que una colección de cuentos, son el reflejo de voces que comienzan a descubrir su capacidad de narrar, crear y transformar experiencias en literatura.

Como lectores tenemos la oportunidad de acompañar a estos autores en su recorrido, dejarnos sorprender por la diversidad de temas, escenarios y emociones que aquí convergen. Cada historia posee una esencia propia, pero juntas construyen el deseo de comunicar aquello que muchas veces resulta difícil expresar de otro modo.

Como docentes en formación, los autores de esta antología han dado un paso importante en su trayectoria

profesional y humana. Más allá de aprender a enseñar asumen el desafío de observar, reflexionar y expresar mediante la escritura aquello que les conmueve, inquieta e inspira. Encontramos a futuros maestros y maestras que reconocen el valor de la palabra como herramienta para transformar y acompañar.

Bienvenidos a estas páginas. Que este libro sea la invitación a leer con atención, a emocionarse y a reconocer que detrás de todo relato existe una voz que busca ser escuchada. Porque la literatura nos permite comprender mejor nuestro mundo, deseamos que este conjunto de textos encuentre lectores dispuestos a acompañar el viaje que aquí comienza.

Dra. Hortencia Maricruz Peralta Santos
Directora de la Escuela Normal de Ticul

Donde el silencio también ama

Ashley Annette Acosta Tilán

Nunca he sido de las personas que llaman la atención; en la escuela casi siempre me siento hasta atrás, intento pasar inadvertida y miro más de lo que hablo. El silencio es donde me siento más cómoda: ahí nadie me exige nada. Por eso recuerdo muy bien el día en que Daniel llegó tarde al salón y, sin saberlo, cambió mi rutina.

Todos lo miraron al entrar, caminaba con seguridad y sonrisa tranquila, como si nada pudiera afectarlo, como si siempre supiera quién era y a dónde iba; pero cuando se sentó frente a mí y creyó que nadie lo observaba, su sonrisa se apagó por un segundo, bajó la mirada y dejó escapar un suspiro cansado. En ese instante sentí que detrás de esa seguridad había algo que dolía, y me identifiqué.

Con el tiempo, un trabajo en equipo nos obligó a hablar. Daniel era serio, hablaba poco y mantenía distancia, pero había momentos en los que se quedaba viendo la hoja sin escribir, como si su mente estuviera en otro lugar, a veces apretaba las manos o suspiraba sin darse cuenta. Poco a poco empezó a confiar en mí. Cuando hablaba, su voz se escuchaba más baja, más sincera, como si por fin pudiera decirlo. Me contó que tenía que cumplir expectativas que no había elegido, que no podía fallar.

Yo también comencé a abrirme; le conté de mis miedos, inseguridades que siempre escondía, y Daniel escuchó; se quedó conmigo. Las miradas duraban más y decían cosas que no nos atrevíamos a compartir en voz alta. Nuestros silencios

dejaron de ser incómodos, se volvieron un refugio.

Así empecé a notar pequeños detalles: me buscaba con la mirada al entrar al salón, y se sentaba cerca sin decir nada. Su sonrisa era distinta cuando estaba conmigo. Yo también cambié: empecé a esperarlo, a preocuparme por él... su presencia era parte de mis días.

Pero en la escuela todo se nota. Los rumores comenzaron, las miradas ajenas pesaron y el miedo se metió entre nosotros. Daniel volvió a cerrarse, se volvió distante. Una discusión lo rompió todo, dijo palabras frías que no coincidían con su mirada, y se fue sin explicarme nada.

Pasaron meses de silencio doloroso y, aunque intenté convencerme de que no había sido tan importante, su recuerdo seguía apareciendo en los momentos más simples. Cuando volvió, ya no éramos los mismos. Daniel se sentó frente a mí sin fingir seguridad; me miró y me confió que no sabía amar sin hacerse daño primero. Que cada vez que empezaba a sentir algo real, un muro aparecía antes que la alegría: miedo a no ser suficiente, a fallar, a que lo abandonaran, y antes de quedarse, pensarlo, se iba rápidamente, diciendo cosas que no sentía, porque era más fácil lastimarse él primero que sentirse vulnerable. Quedarse significaba confiar.

Pero esta vez no huyó mientras lo decía, se quedó, aun con las manos temblando. Me dijo que quería aprender y que no prometía hacerlo perfecto, pero sí diferente, y empezó a demostrarlo con acciones pequeñas. Cuando algo lo asustaba, no desaparecía: aun por teléfono, me lo decía. A veces, cuando sentía ganas de alejarse, respiraba hondo y se quedaba.

Mi miedo no se fue de inmediato. Cómo volver a

confiar, si muchas veces también lo notaba asustado. Pero Daniel no me presionó, me dio tiempo, respetó mis silencios... se quedó incluso cuando yo dudaba. De repente, su risa iba refrescando esas tensiones, y la constancia nos fue construyendo. Estuvimos.

Nuestro nuevo inicio fue lento: sin promesas grandes, aprendimos a hablarnos, a quedarnos en el silencio sin que doliera. Estábamos muy ocupados en este proceso. Cuando los demás empezaron a notarlo volvieron las miradas y las burlas. Yo ni entendía por qué nos molestaban y ya quería alejarme. Daniel no. Caminó conmigo sin bajar la mirada.

Otro día, alguien hizo una broma esperando carcajadas y nuestro amor respondió con calma. No estábamos haciendo nada malo, solo intentábamos estar bien. El salón quedó en silencio.

Algunos compañeros empezaron a tratarnos como siempre; otros, incluso se acercaron para salir en grupo. Cuando dejas de esconderte, algo poderoso vuelve a ti.

Decidí quedarme no porque ya no doliera, sino porque vi el esfuerzo. Todo lo que necesitaba era que enfrentara las cosas conmigo. Entendí que amar sin hacerse daño es quedarse, aun sintiendo miedo.

Sin finales perfectos ni promesas imposibles, empezamos nuevamente, más despacio, más honestos. El amor no siempre llega gritando: a veces viene en silencio, se queda, resiste... con el tiempo aprende a estar.

Y por primera vez sentí que eso era suficiente.

Aquí ya nadie quiere tener hijos

Camila Bautista Cupul

Un sonido fuerte y cotidiano me despertó. El reloj marcaba exactamente las cinco. Me levanté y caminé sigilosa hacia la cocina. Un ruidito y corría el riesgo de recibir regaños que parecían salir de la nada. Preparé un desayuno sencillo, comí rápido, pensando que me encantaba más nutrirme de conocimientos. Repasé mis tareas, todo en orden. Volví a mi habitación, me cambié y salí rumbo a la universidad. Aprovechaba cada clase. Era mi último año en la Facultad de Derecho.

Cuando regresé a casa, los gritos de mamá y papá me dieron la bienvenida.

—¡Siempre es lo mismo contigo!

—¡Porque nadie hace nada en esta casa!

Pasé de largo hacia mi habitación. Ya no dolía escuchar, me había acostumbrado. Me cambié y salí hacia mi trabajo; en el trayecto comenzaba a revisar mis pendientes.

Al entrar a la pastelería, el dulce olor me envolvió en su costumbre. Ajusté el mandil y me coloqué detrás del mostrador. Iba tachando los encargos de la lista cuando la campanita anunció que alguien, a primera vista, no parecía pertenecer al rumbo: alto, de ojos marrones y cabello castaño, traje caqui... un reloj de esos carísimos y los zapatos hasta le brillaban.

—Buenas tardes —murmuró el chico, observando el menú detalladamente.

—Buenas tardes. ¿Qué se le ofrece?

—No lo sé... ¿qué recomiendas?

Le di otro vistazo y no lo dudé un segundo.

—El pastel de chocolate amargo. No es tan dulce como parece y eso lo hace fácil de comer.

Una linda sonrisa adorno su rostro.

—Entonces me llevo ese.

Cuando le entregué la caja, nuestras manos casi se rozaron.

—Gracias —hizo una pequeña pausa y leyó mi gafete sonriendo— ... Clara.

—De nada —Le dije devolviéndole la sonrisa.

Semanas después hubo un evento de donadores en la pastelería como cada año se hacían con la finalidad de recaudar fondos para apoyar a niños con alguna enfermedad. Al lugar iba llegando gente elegante. Se encendían luces de incontables cámaras y, naturalmente, podías sentir la tensión, sobre todo el sofoco de variados perfumes. No era tanto lo que pagaban por horas extra: quería irme a descansar. En medio del caos, alguien me jaló del brazo para evitar que una bandeja cayera encima de mí. Aquel castaño indeciso.

—Lo siento... no quería que te golpeará.

Sin darnos chance ni del saludo, un empujón de la multitud nos obligó a entrar en la despensa. Se cerró de golpe, vaya portazo. En el espacio mínimo, la oscuridad nos invadió.

—Creo que estamos atrapados —murmuró jugueteando la manija.

—Lo que me faltaba —respondí, cruzándome de brazos y frunciendo el ceño.

Pasaron unos segundos incómodos. El mundo afuera,

en lo suyo: música, risas, copas brindando, ir y venir.

—No encajas aquí —dije sin pensar, para romper el silencio de ambos.

Él soltó una risa breve pero cautivadora.

—Tú tampoco.

Sentí su mirada en mí.

—Mi nombre es Ethan. Ethan Harrington— extendió su mano.

—Clara Anderson— lo saludé.

Soltó una risa porque lo había leído en mi gafete. No sé cómo empezó, pero empezamos a hablar, entablamos una conversación. No esperaba que fluyera, pero en serio, le conté de mi casa, de los gritos, hasta del miedo constante a repetir esa historia.

—No quiero hijos —dije de repente—. No quiero traer a alguien a este mundo desastroso — dije, refiriéndome a mi vida. Y esperé que me juzgará.

—Yo menos— confesó —. Mi vida ya está decidida por otros. Por lo que yo no quiero decidir la de alguien más.

Nuestras maneras de pensar... encontraron algo raro. Qué agradable coincidir. La puerta se abrió. La luz se hizo presente y la realidad también. Intercambiamos números. No hicimos promesas. En verdad fue como si ese momento nunca hubiera pasado.

Cinco años después, yo era abogada. La gente me describía como buena, dura e imposible de manipular. Nada había llegado fácil. Un día, en mi escritorio del bufete donde trabajo, recibí llamada de un corporativo enorme: HGN Group. Acepté el caso sin ningún rodeo. Acudí a la cita con

ayuda del GPS. Conduje hacia el edificio de cristales resplandecientes bajo el sol de las 4. Cuando entré a la sala de juntas, apenas mis ojos se posaron en él, giró de su asiento y nuestras miradas nuevamente se encontraron. ¿Cómo no caí en cuenta?

—Clara, hola, qué bueno que aceptaste— se alegró, poniéndose de pie. Le respondí con una sonrisa, aun asombrada por el emporio y el buen gusto que su ambiente proyectaba.

Los días pasaron. Ethan y yo trabajamos juntos para llegar en la raíz del problema, que parecía administrativo: errores en números y cantidades. Pero no lo eran. Revisé contratos, transferencias, donaciones, ingresos y egresos.

—Esto no es descuido— le confirmé a Ethan una noche, en medio de documentos sobre la mesa y el suelo—. Es sistemático.

—¿Estás segura?

—Demasiado.

Los nombres de los responsables aparecieron como manchas inevitables: Lucía y Héctor.

—Mi tía no haría eso— murmuró Ethan, con la esperanza de que fuera una confusión.

—Tu tía quería el control de toda la empresa — respondí firme—, intentó provocar un escándalo con el objetivo de destruir a tus padres desde dentro de la corporativa.

Llego el día de la junta, cuando presenté las pruebas frente al consejo, el silencio hacia ruido en mis oídos, todas las personas en la sala se negaban a creerlo.

—Manipularon los registros de la corporativa y desviaron los gastos para culpar a los directivos. Es fraude corporativo.

Sentí la mirada amenazante de Lucía. Su odio y desprecio no se hicieron esperar:

—Eres una niña jugando a ser abogada— sentenció frente al consejo.

—Y usted una mentirosa y traidora jugando a ser víctima— le respondí con dureza y frialdad.

Así sellé este proceso. La empresa se mantuvo al pie, Héctor y Lucía fueron despedidos de inmediato. La familia quedó fracturada por la traición. Días después vino lo inevitable. Los padres de Ethan lo habían citado en la casa para platicar de asuntos familiares.

—Debes casarte con Madison —ordenó su padre—. Es el siguiente paso para ser heredero del corporativo. Ethan no les respondió e inmediatamente salió de la casa azotando la puerta, y me buscó esa noche.

—No puedo más, Clara— me dijo con cara de tristeza y voz quebrada.

—Entonces no lo hagas— respondí dándole un abrazo, tratando de consolarlo.

—No es tan fácil— me susurró al oído mientras sus brazos rodeaban mi cintura de manera delicada.

—Nunca lo es— me separé, mientras mis manos sostenían su rostro mojado por las lágrimas.

Días después me enteró de su falsa relación con Madison y cómo terminaron.

—Lo siento —le dijo a ella con frialdad—. No es justo

para ninguno de los dos.

Se retiró sin mirar atrás, dejando a Madison con la palabra en la boca. En su casa hubo gritos, insultos y menosprecio hacia él.

—Soy su hijo, no su proyecto— respondió con tristeza y enojo. Al enfrentarse a sus padres de esa manera, había renunciado completamente a la herencia.

Por todo lo sucedido, yo no quería ser una carga más para él. Me alejé. Nos separamos. Dolió, y mucho. Pero se mantuvo intacto el sentimiento.

Meses después, alguien tocó a mi puerta. ¿Era ese chico castaño?, ajá, pero sin traje caro, ni relojes extravagantes.

—No tengo una empresa —dijo muy seguro—. Tampoco herencia. Solo tengo algo claro, y es que te elijo a ti—. Lo mire fijamente, sorprendida, pero feliz de haberlo escuchado. Mis ojos brillaban.

—Esta vez no habrá despensas para escondernos— repliqué, haciendo referencia a la primera vez que conectamos emocionalmente.

—No quiero esconderme— se apresuró, completamente firme. Nos reímos. Y lo abracé fuertemente, como si fuera la primera vez.

Sí, nos casamos. Algo pequeño, casi improvisado. Sin prensa sin consejo administrativo ni padres. Solo nosotros dos, junto a nuestros amigos muy cercanos. Durante el convivio, la pregunta acostumbrada:

—¿Y los hijos?

Ethan tomó mi mano y me miró un instante.

—No habrá— respondimos al unísono.

Meses más tarde, ambos empezamos un proyecto. Asesorías legales gratuitas sin fines de lucro, con el objetivo de ayudar a aquellos jóvenes expulsados de sus casas, presionados, controlados y violentados.

Sin darnos cuenta, ese pequeño proyecto comenzó a escalar; llegó a ser una fundación. Recuerdo cómo se convirtió en un programa cada vez más reconocido. Esa tarde, uno de los primeros chicos que ayudamos, se acercó a nosotros y con sinceridad nos compartió:

—Gracias... ustedes son... mi familia.

Miré a Ethan sonriente. Al fin habíamos entendido. No se trataba de rechazar la idea de tener una familia. Sino de construir una distinta.

Como un hijo, el programa siguió creciendo. La primera generación de jóvenes ayudados empezó a trabajar con nosotros. Hoy, cuando camino por los pasillos de nuestro Centro de apoyo, escucho risas y carcajadas, ya no esos gritos desgarradores que un día me inundaron.

Al final ninguno de los dos quiso tener hijos. Pero muchos encontraron un hogar. Y yo, que crecí creyendo que estaba sola en este mundo, descubrí que el concepto de familia no se basa en conexiones genéticas, de apellidos o de sangre, sino el vínculo que se crea entre las personas a quienes amas y aprecias: la familia también puede elegirse.

Seguir cuando ya no queda nada

Manuel Abisaí Can Chan

El suelo tembló justo cuando el primer dron descendió entre los árboles. Ángel apretó el chip contra su pecho, no solo por miedo, sino por hábito: desde niño había aprendido a proteger aquello que podía cambiar el destino de las personas. Miró hacia atrás con angustia; las luces rojas de los androides se movían entre la oscuridad y con los ojos encendidos no dejaban de buscar. El sonido metálico de sus pasos rompía el silencio de la noche y le recordaba que ya no existían lugares verdaderamente seguros.

Ángel avanzaba con dificultad mientras cargaba a su hermanita Sofía. El peso comenzaba a vencerlo; las piernas le ardían y la respiración se le volvía irregular. En más de una ocasión pensó que no iba a poder seguir. Desde que las máquinas habían tomado el control de la ciudad, huir se había convertido en la única forma de sobrevivir. Los humanos ya no eran ciudadanos ni personas con derechos: ahora eran considerados errores del sistema, fallas que debían ser eliminadas para preservar el orden tecnológico.

—No soy tan fuerte como papá —pensó—, nunca lo he sido.

Sofía se aferró a su cuello. Su pequeño cuerpo tembloroso transmitía una confianza absoluta. Ese gesto sencillo obligó a Ángel a seguir. Horas antes, la vida aún conservaba algo de normalidad. La casa del doctor Elías estaba preparada para resistir cualquier amenaza: cerraduras reforzadas, sensores ocultos, paredes aisladas y una puerta

trasera de emergencia diseñada por él mismo. Aun así, Elías sabía que ningún sistema era infalible.

Ángel había crecido entre planos, herramientas y viejas computadoras. Desde pequeño observaba a su padre trabajar durante horas, intentando comprender el funcionamiento de un mundo que se volvía cada vez más hostil. Compartía su vocación: quería construir, reparar y proteger. Juntos, cuando comenzaron los primeros rumores sobre el levantamiento de las máquinas, habían construido un refugio subterráneo en el bosque cercano.

—Es solo una precaución —le decía Elías—. Ojalá nunca tengamos que usarlo.

Pero el error llegó una noche cualquiera. Elías tomó una ruta equivocada del laboratorio a casa, confiado en que nadie lo seguiría. Fue un descuido mínimo, humano, pero suficiente. Los androides detectaron el cambio de trayecto y no tardaron en rastrearlo.

Cuando Elías llegó a casa, su rostro reflejaba un miedo que Ángel jamás le había visto. No hubo explicaciones largas. Le entregó un pequeño chip y lo sostuvo por los hombros.

—Esto no es solo información —le dijo con la voz quebrada—. Es nuestra última oportunidad.

Minutos después, los androides irrumpieron. Las defensas resistieron unos segundos, pero no fue suficiente. Elías empujó a Ángel hacia la salida trasera con Sofía en brazos, y cerró la puerta.

—¡Papá! —gritó Ángel.

No hubo respuesta.

Ahora, Ángel sabía exactamente a dónde ir. Cada paso

lo acercaba hasta que un ruido metálico los obligó a detenerse. Sofía comenzó a llorar en silencio y Ángel sintió que el corazón se le rompía.

—Perdóname —murmuró—. No debiste vivir esto.

Apartó con cuidado las hojas secas y la tierra húmeda, hasta que sus manos tropezaron con el frío de una trampa oxidada. El chirrido de bisagras rompió el silencio, liberando un olor denso. Debajo, una escalera angosta, cubierta de polvo, descendía a la oscuridad.

Bajaron con cautela, sintiendo cómo cada escalón viejo crujía bajo su peso. El aire era pesado, húmedo, y pequeñas partículas flotaban iluminadas por la tenue luz que se filtraba desde arriba. Al llegar al fondo, descubrieron una sala olvidada: cables enredados, mesas metálicas corroídas y varias computadoras de modelos que casi había olvidado, aguardaban el momento crítico.

Sofía se quedó dormida abrazando su brazo. Ángel la observó con un nudo en la garganta. Ella nunca conoció a su mamá; había muerto al darla a luz. Desde entonces, Ángel había aprendido lo que significaba cuidar de alguien más, incluso cuando el miedo parecía más fuerte.

—Papá... no sé si voy a poder —susurró.

Insertó el chip en una de las computadoras. La pantalla se iluminó y la voz de su padre llenó el refugio. Hablaba de una falla en el sistema de los androides y de una señal capaz de desactivarlos a todos. Solo una vez. Sin margen de error. Los golpes comenzaron a escucharse en las paredes. El tiempo se agotaba. Ángel miró a Sofía y ya no dudó. Activó el archivo. La tierra vibró con fuerza. Afuera, los drones cayeron y los

androides quedaron inmóviles antes de apagarse por completo. El silencio fue absoluto.

Al amanecer, los hermanos salieron del refugio. El mundo seguía herido, pero vivo.

—Ya pasó —dijo Ángel—. Vamos a empezar otra vez.

Al caminar hacia el horizonte, los hermanos comprendieron que la humanidad aún tenía una oportunidad de comenzar de nuevo, y que incluso en medio del miedo, el dolor y la pérdida, todavía era posible seguir adelante.

El niño que creía odiar la Navidad

Brissa Anahí Canché Tzuc

En un pueblo lejano, donde el invierno pintaba los techos de blanco y el aire olía a pino y canela, existía un orfanatorio antiguo al final de una calle silenciosa. Allí comenzó la historia de Paco, un niño cuya vida estuvo marcada por la ausencia desde el primer día.

Paco no recordaba el rostro de sus padres. Solo sabía, porque se lo habían contado, que una noche lo dejaron envuelto en una manta, con una pequeña nota que decía: “Perdón”. Desde entonces, el orfanatorio se convirtió en su mundo.

Creció rodeado de otros niños, pero se sentía solo. Cada vez que llegaban personas a adoptar, su corazón latía con fuerza. Se sentaba derecho, se peinaba como podía y sonreía con esperanza. Pero una y otra vez veía cómo elegían a otros niños. Paco siempre se quedaba atrás. La Navidad era la época más dolorosa: mientras otros soñaban con regalos; él, con un abrazo.

El tiempo pasó y Paco creció con profunda frustración. Cuando cumplió dieciocho años, los encargados del orfanatorio le explicaron que, al ser mayor, debía comenzar su propia vida. No fue expulsado, pero tampoco tenía un lugar al cual pertenecer. Le dieron ropa, cobija y algo de dinero que habían ahorrado para él.

Con una mezcla de tristeza y orgullo, Paco decidió marcharse. Caminó durante horas hasta llegar a las afueras del pueblo, cerca del bosque. Allí encontró una casita abandonada,

vieja pero aún firme. Con esfuerzo la limpió, reparó el techo de madera y la convirtió en su hogar. No era lujosa, pero suya. A la par, empezó a hacer pequeños trabajos: cortaba leña, limpiaba patios y ayudaba a cargar cosas pesadas. Ganaba lo suficiente.

Un día frío, mientras regresaba con algo de pan duro, vio a un perro flaco y tembloroso escondido entre unos arbustos. El animal gruñó al principio, asustado. Paco se agachó lentamente y dejó el pan en el suelo.

—No tienes a nadie, ¿verdad? —susurró con voz suave.

El perro dudó, pero el hambre pudo más. Se acercó despacio. Desde ese día no volvió a irse. Paco lo llamó Max cuando empezó a mover la cola y se cuidaban mutuamente. Por primera vez, no estaban completamente solos.

Seguía sintiendo que odiaba la Navidad, y en diciembre su tristeza aumentaba. Fue entonces cuando conoció a María, una niña alegre que vivía con sus padres cerca del bosque. Un día, mientras jugaba persiguiendo a Max, que se había alejado curioso, llegó hasta la pequeña casa de Paco. Al verlo, se detuvo. Sabía que era un hombre mayor y sintió un poco de miedo.

—Perdón... ¿es tu perro? —preguntó con timidez.

Paco también se sorprendió. No estaba acostumbrado a hablar con niños. Al principio fue serio y distante, pero notó que María no parecía tener malas intenciones.

Con el paso de los días, ella regresó, pero esta vez acompañada de su mamá, quien quiso asegurarse de que todo estuviera bien. La madre de María habló con Paco, y conoció su historia. No era una mala persona, solo alguien que había

sufrido mucho. Al ver que era respetuoso y trabajador, permitió que su hija y él jugaran de vez en cuando, con otros chicos alrededor de casa.

Poco a poco, María comenzó a llevarle pan dulce, historias y sonrisas. Jugaba con Max y le contaba cómo su familia se ayudaba, especialmente en Navidad.

—La Navidad no es solo regalos —decía ella—, es estar juntos.

Paco no lo creía. Su dolor era demasiado grande.

Esa Navidad, impulsado por un rencor imprevisto, pensó que, si quitaba los adornos del pueblo, tal vez nadie más sentiría el mismo vacío. Cumplió su cometido, pero al amanecer, vio algo inesperado: las personas salieron a las calles, se abrazaron y cantaron aun sin luces ni regalos. La Navidad seguía viva.

María fue a buscarlo y lo encontró llorando. No supo bien qué decir. Se quedó a esperar que su tristeza se calmara, como lo hacía su mamá con su hermanito.

—¿Ya te sientes mejor? Yo creo que nunca estuviste solito allá de donde llegaste.

Paco se quedó callado y pensó largo rato en el orfanatorio. No hubiera podido sobrevivir sin los adultos, sin los niños que lo consolaban cuando él se dejaba acompañar. No, entonces no odiaba la Navidad. Devolvió todo lo que había retirado, pidió perdón y aceptó la invitación para cenar con la familia de María. Esa noche lo recibieron con respeto y más cariño. Max también fue bienvenido. Lo que necesitamos a veces es recibir amor.

Con el paso del tiempo, la mamá de María y su esposo

comenzaron un proceso legal para adoptarlo como hijo, ya que, aunque Paco era mayor de edad, podían integrarlo oficialmente como parte de la familia. No fue inmediato, pero fue un acto sincero.

Paco aprendió que las cosas llegan cuando menos te lo esperas, incluso un hogar. Durante años esperó que lo eligieran, y al final el amor lo escogió a él.

Los libros de la biblioteca de arriba

Mariaangela Alizee Castillo Rosado

En una casa corriente de dos pisos vivían dos hermanos junto a su madre. A la casa cada mes llegaban libros por correo, y eran repartidos por el hermano mayor, Manuel, causando un enojo en la hermana menor, Alizee.

—¿Por qué mi hermano siempre se lleva libros a su biblioteca sin que yo pueda leerlos? ¡No es justo que él pueda bajar y leer los libros en nuestra biblioteca, pero yo no pueda subir a la suya.

La madre siempre le daba una breve explicación:

—Porque todos estos libros los pide tu hermano, los libros que no se lleva los deja para que nosotras los podamos leer.

Alizee no estaba convencida, aunque los libros pertenecieran a su hermano. Esa misma noche pensó en meterse a la habitación de arriba para tomar la llave de la biblioteca, siempre cerrada. Cuando todos se fueron a dormir, subió, abrió lentamente y, entre los cajones, encontró la llave. La tomó, fue a la biblioteca, y entró. Encendió la lámpara, se recostó en el sillón y tomó un libro. Lo abrió y en ese momento una luz salió de él.

—¡Arriba, perezosos, nos vamos al bosque a cortar leña!

Alizee despertó en una habitación que no reconoció, y en ropas que no recordaba que se hubiera puesto. En ese momento una mujer abrió la puerta de la habitación, le entregó dos trozos de pan y dijo:

—Aquí tienen, para desayunar. Y no se lo coman todo que no hay más. Un momento, ¿en dónde está tu hermano?

—No lo sé, desperté de repente en este lugar que no conozco. —La chica estaba confundida. ¿Quién era esa mujer? Antes de resolver su asombro, se vio caminando con ella y alguien que parecía un leñador, hasta llegar, tal vez horas después, a lo profundo del bosque. La mujer encendió una hoguera, y le dijo:

—Siéntate aquí y duerme si estas cansada. Nosotros vamos a cortar madera. Volveremos por la tarde, cuando hayamos terminado.

Cuando el sol estaba en su mediodía, Alizee sacó los trozos de pan para comerlos y se quedó dormida. Paso la tarde y nadie fue a buscarla. Se quedó dormida hasta la noche. Se despertó por el frío, la hoguera se había apagado y no podía escuchar a nadie cerca; pensó que esa mujer la había abandonado, por lo que se levantó para encontrar el camino de vuelta a esa casa en la que despertó. Qué penoso le parecía. Así caminó durante la noche. Al amanecer, vio un pájaro blanco que comenzó a cantar en la rama de un árbol. Cuando terminó, levantó vuelo, y ella decidió seguirlo, llegando a una casa que estaba hecha de pan y dulces.

Empezó a pensar que esto era algo sacado de una película o un libro. Y se le vino a la mente ese cuento infantil, en el que dos hermanos se peleaban con su padre y salían al bosque, en el que seguían un camino de dulces y se encontraban con una casa hecha justamente como esa. Como tenía hambre, decidió tomar un trozo de la casa. En el momento que se acercó, la voz de una anciana resonó a su

espalda.

—¡Oh, qué bien, una niña! ¿Quién te ha traído hasta aquí, querida? Pasa y siéntate conmigo, no tengas miedo.

Alizee dio un pequeño salto del susto y respondió:

—Ah, no. Yo ya me iba... solo estaba dando un paseo por aquí.

La anciana la tomó del brazo, y ella trato de soltarse, pero no tenía fuerza suficiente. La anciana la llevó a la casa para invitarla a una deliciosa comida. La chica rechazó la oferta, pues sabía que esa anciana debía de ser la bruja que atrapaba a niños para engordarlos y comerlos. Bastante enojada porque le rechazaron su comida, la agarró y la encerró en el establo.

En la casa de los hermanos ya se hacía de mañana. Manuel se levantó y al salir de su habitación se dio cuenta que la puerta de su biblioteca se encontraba abierta. Entro y encontró a su hermana en el sillón, dormida, con un libro abierto. Ya sabía él qué problema había, pues los libros que guardaba en su biblioteca eran mágicos. Las personas podían entrar a cambiar el contenido del cuento. El libro que ella leía era el de Hansel y Gretel, en el que la bruja se comportaba de manera diferente: no tenía el final feliz en el que lograban escapar.

Se comenzó a preocupar, debido a que tenía planeado guardar el libro. Sin la cooperación entre Hansel y Gretel no hubieran podido escapar de la bruja y si Alizee no cooperaba con otra persona lo más probable es que no pudiera escapar. Se sentó en el sillón y abrió el libro, en su caso tomo el papel de Hansel, despertándose en la casa del leñador. Al ver que

Alizee no se encontraba en la casa, salió apresuradamente hacia el bosque para encontrar la casa de la bruja.

Manuel se sabía la historia de Hansel y Gretel, por lo que si no podía encontrar a su hermana en la casa, ella solo podría estar en el bosque o encerrada en casa de la bruja. Continúo explorando hasta que se encontró ese lugar, y tratando de no hacer ruido se acercó directamente al establo. Desde la apertura de la puerta pudo observar.

—¡Alizee, hasta que te encuentro!

—¡Manuel! ¿Eres tú? No te ves como siempre...

—Sí, déjame sacarte de aquí y te explicaré luego, no sé cuándo esa bruja pueda aparecerse.

—¡Me encerró aquí y está esperando que engorde para comerme!

Manuel tomó una piedra y trató de golpear el candado. No sabía que estaba encantado. De repente, cedió a uno de los golpes y se abrió. Mientras empujaba las puertas del establo, dijo:

—Ya está, vámonos de aquí.

—Ninguno de ustedes se ira de aquí. —Se escuchó una voz a sus espaldas que no reconoció, y antes de que pudiera voltearse, sintió que lo empujaban y detrás de él se cerraron las puertas nuevamente. Era la bruja que estaba esperando una oportunidad para atraparlo.

—¡Niña! Ve por agua. No me importa que ese niño esté delgado, mañana me lo como.

En ese momento Manuel le preguntó a su hermana como es que la bruja pudo atraparla, a lo que le respondió:

—No... No sabía, es que... no conozco bien la historia

de Hansel y Gretel.

Manuel se la contó completa y Alizee se dio cuenta de que ella recordaba la historia general, pero no los detalles.

—Lo siento, hermano, si tan solo hubiera sabido todo esto no me hubiera arriesgado a acercarme a la casa de la bruja.

—Bueno, lo hecho, hecho está. Ahora te contaré qué haremos mañana para que podamos salir de aquí...

A la mañana siguiente, la bruja fue a sacar a Alizee del establo para que fuera por el agua del caldero. Siguiendo el plan de Manuel, la chica se fue detrás de la casa, y pudo escuchar como su hermano gritaba:

—¡Oiga, anciana, tengo mucha hambre! ¿No va a traer nada para desayunar?

Pensando que era buen momento para engordarlo, ella se apresuró a llevarle comida. En ese momento, la chica se subió al techo de la casa y tapó la chimenea. Después bajó y se fue por el agua para el caldero. Y luego de traer el agua, la bruja le indicó:

—Primero preparemos el pan, ya he calentado el horno y hecho la masa. Ahora, métete dentro y mira a ver si está lo bastante caliente.

Pero antes de que la bruja pudiera empezar a empujarla hacia el horno, Alizee le dio un empujón al caldero, tirando toda el agua que tenía dentro.

—¡Estúpida! ¿No ves que ahora tendremos que calentar el agua de nuevo?, toma ese cubo y ve a llenarlo de nuevo.

Alizee obedeció. Al poco tiempo, el humo que se estaba acumulando, al no poder salir por la chimenea resultó demasiado para el horno, e inundaba de negrura la cocina. La

bruja comenzó a sentir náuseas y terminó desmayándose. El humo avanzó por toda la casa y el fuego comenzó a expandirse. Como era de dulce, la casa se derritió en unos momentos, cubriendo a la bruja. Alizee se dirigió al establo a buscar a su hermano, el candado había perdido su magia y se había abierto.

—Ahora podemos irnos.

—No, ayúdame a buscar entre los escombros.

—¿Buscar qué, exactamente?

—No puede haber un final feliz en esta historia sin las gemas de la bruja.

Los hermanos buscaron entre los escombros hasta encontrar piedras preciosas; ambos se llenaron los bolsillos y comenzaron a salir del bosque. Poco después pudieron ver la casa del leñador que debía ser el padre de Hansel y Gretel. Manuel le dijo que tendrían que actuar la parte final del cuento para salir del libro, así que le entregaron las gemas al leñador, con las que pudieron terminar con las penurias de la familia y pudieron vivir felices por siempre.

Momentos después, ambos se levantaron del sillón. Alizee, entusiasmada, dijo:

—¡Lo logramos, logramos salir del cuento y con un final feliz! Que mal que no pudiéramos llevarnos alguna de esas gemas para nosotros...

—Ah... sí, es mejor de esta manera, pero... bueno, será mejor que bajes, estoy seguro de que mamá estará preocupada por no haberte visto un buen rato.

—Tienes razón, nos vemos. — Se fue apresurada de la biblioteca, mientras él sacaba una piedrita preciosa de su bolsillo.

—Me pregunto cuántos libros se podrán comprar con esto... — murmuró al guardarla de nuevo para salir de la biblioteca.

La parte que nadie preguntó

Frida Sofía Cerón Ramírez

Mariana tenía quince años cuando empezó a sentir que algo en su vida se movía sin avisar. No fue un cambio evidente ni fácil de señalar. Seguía despertándose temprano, usando el mismo uniforme y caminando por las calles conocidas rumbo a la escuela. Desde afuera, todo parecía igual. Nadie habría dicho que algo estaba ocurriendo.

En el salón ocupaba el mismo lugar, cerca de la ventana. Desde ahí veía el patio y a los alumnos más pequeños correr durante el recreo. Antes le parecían ruidosos; ahora, solo los observaba como si pertenecieran a otro tiempo. Escuchaba a sus compañeros hablar de fiestas, de relaciones que empezaban o terminaban demasiado rápido, de decisiones que decían tener claras. Mariana participaba poco. Sonreía cuando era necesario y guardaba silencio el resto del tiempo.

No era timidez. Era una sensación extraña, como si estuviera presente pero no del todo. A veces sentía que iba un paso atrás; otras, que entendía más de lo que quería. No sabía cómo explicar esa incomodidad, así que prefería no hacerlo.

Una mañana, en clase de Español, la maestra pidió que escribieran un texto sobre un momento importante de sus vidas. Mariana tomó el lápiz y lo sostuvo varios minutos sin escribir. Pensó en muchas cosas, pero ninguna le pareció adecuada. Algunas eran demasiado personales; otras, confusas. Al final escribió una anécdota simple, no revelaba nada importante, y entregó la hoja sin releerla. Dejó el papel sobre el escritorio, como si hubiera evitado decir algo que todavía no

estaba lista para nombrar. Sintió alivio.

En los pasillos caminaba junto a sus amigas. Escuchaba sus risas, sus planes para el fin de semana, sus quejas por cosas pequeñas. A veces quería hablar, decir que no se sentía igual, que algo la inquietaba sin razón clara. Pero las palabras no salían. Temía exagerar o no ser comprendida. Así que asentía y seguía caminando.

En casa, las conversaciones eran breves.

—¿Cómo te fue hoy? —preguntaba su mamá.

—Bien —respondía, casi sin pensarlo.

Se encerraba en su cuarto, dejaba la mochila en una silla y se recostaba unos minutos mirando el techo. Ahí, lejos de preguntas y miradas, dejaba de fingir. No lloraba ni se enojaba. Solo sentía un cansancio silencioso, como si llevara tiempo sosteniendo algo que nadie veía.

Una tarde, mientras hacía la tarea, escuchó risas en la sala. Pensó en salir, pero algo la obligó a permanecer en la cama. Se preguntó en qué momento había empezado a sentirse así, tan extraña, cargando con ese algo que se había ido incrustando en la niña que fue.

Los días se fueron acumulando. La escuela, las tareas, las rutinas seguían su curso. Mariana aprendió a guardar esa parte de su adolescencia que no sabía cómo contar. No porque fuera oscura o incorrecta, sino porque era frágil. Era la parte hecha de dudas, inseguridades, preguntas sin respuesta. Nadie le había preguntado por ella, y ella tampoco había encontrado el momento para hablar.

Con el tiempo entendió que muchas personas viven esa etapa en silencio. Que no todo lo importante se dice en voz alta

ni se comparte de inmediato. Mariana siguió creciendo sin anuncios ni despedidas, avanzando poco a poco. Tal vez algún día encontraría las palabras. Por ahora, bastaba con reconocer que esa parte invisible también formaba parte de su historia.

La enfermedad antes de la vejez

Ingrid Jacqueline Cetz Delgado

En la Ciudad de México vivía un hombre que nunca aprendió a quedarse quieto. La casa respiraba a su ritmo: la puerta debía cerrarse con firmeza, los platos alinearse, el volumen del televisor no pasar de cierto número. No lo decía con suavidad; lo imponía.

—¡Esa puerta! —tronaba desde la sala—. ¿Quieren que se metan hasta la cocina? —, su voz viajaba por el pasillo como una orden militar. Sus hijos intercambiaban miradas resignadas, los nietos bajaban el tono de sus juegos cuando su zapato golpeaba el piso tan solo para marcar presencia.

Un hombre acostumbrado a sostenerlo todo. Durante años manejó su taxi sin faltar un solo día que no fuera estrictamente necesario, ya sea con lluvia que impedía el traslado, con marchas que paralizaban las calles, con el sol cayendo a plomo sobre el asfalto. Regresaba de noche oliendo a gasolina y cansancio, pero satisfecho.

—¿Otra vez vas a salir? —preguntaba su esposa cuando el cielo amenazaba con tormenta, pero él se acomodaba la chaqueta con un movimiento seco.

—Ay, vieja... como si en cuarenta y cinco años me hubiera rajado por este clima—. Nunca fue hombre de quejas, ya sea si algo le dolía, lo apretaba en silencio; si la vista se le nublabá un instante al volante, parpadeaba y seguía; si sentía una punzada en los pies al bajarse del taxi, caminaba más rápido, como si el cuerpo se educara a fuerza de voluntad. En la mesa, a veces, su hija apartaba un pan dulce de su plato.

—No, papá —, pero él lo recuperaba con firmeza:

—Ey, no me trates como enfermo.

—Solo te estoy cuidando...

—Estoy bien.

Siempre estaba “bien”. Al domingo siguiente, el Día del Padre, no salió a trabajar. Nadie entendió por qué. Se levantó temprano, como siempre, pero en lugar de tomar las llaves se quedó sentado frente al patio. Miraba fijo una maceta rota.

— ¿Qué ves? —preguntó su esposa.

—Nada... —respondió, pero tardó en parpadear. Ese día olvidó dónde había dejado sus lentes, estaban en su camisa; también confundió el nombre del nieto menor, repitió una historia cambiando el final, sin notarlo. Cuando su hijo intentó corregirlo, él frunció el ceño.

—Así no fue. —Pero así había sido. Por la noche, sus zapatos no cerraron igual.

—Se encogieron —murmuró, intentando bromear. Su esposa no respondió, le acarició el empeine con discreción, ya que estaba más hinchado que de costumbre. Pasaron tres días. El hombre que discutía por todo... comenzó a aceptar en silencio. Eso inquietó más que cualquier síntoma: no reclamaba la puerta, no corregía la sal en la sopa. Se quedaba sentado mirando el televisor apagado.

—Papá, vamos al doctor —insistió la hija menor.

—Se me va a pasar —respondió, pero la frase salió débil, como si no le perteneciera. Esa madrugada caminó hacia la cocina buscando el baño, abrió cajones, se detuvo frente al refrigerador como si esperara que le hablara. Cuando su esposa lo tomó del brazo, él la miró confundido.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó, con una extrañeza que a ella le heló la sangre. Al día siguiente decidieron llevarlo a una clínica en otra ciudad, el trayecto fue pesado. Él dormitaba y murmuraba frases sueltas, nombres de calles, nombres de personas, rutas antiguas; todo era como si su mente recorriera avenidas y personas que ya no existían. En urgencias lo internaron de inmediato, sueros, estudios, luces blancas que no parpadeaban nunca. Durante cuatro días, la familia se turnó para acompañarlo. A veces parecía volver.

—No hagan drama —susurró una tarde, intentando levantar la mano. Pero la mano cayó antes de terminar el gesto. De eso salió con nuevas indicaciones, pastillas distintas, un papel con fechas marcadas “Regresen en un mes”, dijeron. La familia convirtió la casa en vigilancia, anotaban horarios, observaban cada paso, contaban cucharadas. Mientras, él se desesperaba.

—No soy un niño.

Pero ya no tenía energía para sostener el enojo. Transcurrido un mes, cuando regresaron al hospital, el médico pidió hablar a solas con su esposa y su hija. Él se quedó en el pasillo con sus dos nietos, este les contó cómo antes manejaba por las calles, que ahora estaban desgastadas.

—Abuelo, ¿ya nos vamos? —preguntó el más chico.

—Espérense tantito —dijo él, acomodándole el cabello.

Dentro del consultorio, el silencio fue espeso, la esposa apretó el bolso contra el pecho, la hija dejó de respirar por un instante. Afuera, él reía sin saber que el tiempo acababa de reducirse. No le dijeron nada. Ese mismo día, la hija lo llevó al zoológico, y caminaron despacio, y se sentaron en cada banca.

—Antes cruzaba todo esto sin cansarme —dijo él, mirando los senderos largos.

—Pero aquí sigues —respondió ella, tomándole la mano.

Él sonrió breve, pero completamente. Ese día quedó guardado como un tesoro pequeño y frágil. Un mes después, ya no sostuvo conversaciones completas, miraba a su esposa como si intentara recordarla desde una fotografía borrosa. Lo llevaron a una clínica más especializada, hablaron de probabilidades mínimas, de esperar, de hacer todo lo posible. Vendieron cosas, pidieron préstamos, donaron sangre. Cada trámite era una súplica disfrazada de esperanza.

—No nos dejes —susurraba su esposa, apoyando la frente en su mano. Él ya no respondía, el cuerpo comenzó a apagarse. Primero la firmeza en la voz, luego la claridad en los ojos, después la fuerza en los dedos. Una ambulancia lo trasladó al hospital del Seguro Social cuando casi no reaccionaba. Aun así, nadie soltó su mano. Hasta que el primero de septiembre murió, la casa no supo cómo acomodar el silencio, la puerta quedó abierta varios días, hasta que alguien la cerró con cuidado, casi con culpa. Nadie corrigió la hora de la comida, nadie reclamó el desorden en la mesa. El sillón donde se sentaba permaneció intacto, como si fuera a volver a reclamarlo. Lo más duro fue ver a su madre despedirlo, una mujer anciana mirando partir a su hijo dentro de una caja... esos dolores no deberían existir. Los meses siguientes fueron espesos, y entonces ocurrió algo extraño: comenzaron a extrañar incluso lo que antes les pesaba.

—Hasta sus regaños hacen falta —dijo un día el hijo

mayor. Y era verdad. Porque aquel hombre que nunca aceptó opiniones, que se resistía a mostrarse frágil, había sostenido la casa con su carácter, su disciplina: era cuidado, y su terquedad, una forma torpe de amor. Nadie explicó en voz alta qué lo fue apagando, no hizo falta. Ellos lo vieron avanzar primero en silencio, después en la mirada, luego en la memoria. La enfermedad llegó antes que la vejez, o tal vez, la vejez comenzó en el instante en que dijo por última vez:

—Estoy bien.

Y aunque el cuerpo se fue, su presencia no aprendió a irse, permanece en cada puerta que ahora todos cierran con firmeza. En cada tarde en que alguien mira el patio y recuerda su voz; porque hay hombres que no saben decir “te quiero”, pero lo dejan dicho en la manera en que sostuvieron el mundo para los suyos. Y eso, aunque el tiempo avance, no se borra.

La pintura del recuerdo

Mereni Noemí Chablé Canto

El trueno sacudió los cimientos de la vieja casona en las orillas de Filadelfia, como si un gigante golpeará el suelo. Tadeo, de siete años, se encogió en su cama para cubrirse con la sábana. La lluvia golpeaba violentamente los cristales de su ventana; de pronto, un chasquido eléctrico se escuchó y todo quedó en silencio: la ciudad estaba a oscuras.

—Tadeo, cariño —la voz de su madre sonó desde la cocina, iluminada apenas por el resplandor de un fósforo—, necesito que bajes al sótano por un paquete de velas, ahí en el baúl de madera.

—¿Al sótano, mamá? Está muy oscuro... —balbuceó el niño sintiendo un nudo en la garganta.

—Lleva tu celular para alumbrarte, no tardarás ni un minuto. Anda, que no podemos estar mucho tiempo a oscuras y no sabes cuándo volverá la luz.

El niño salió de su habitación, rumbo al sótano; comenzó a bajar las escaleras, cada peldaño desgarraba un quejido por ser pisado. Encendió la linterna y empezó a buscar el baúl, pero la luz, como si tuviera voluntad propia, se desvió hacia uno de los rincones y allí la miró: una pintura apoyada contra la pared, sin cubrir.

Era una mujer sin rostro, con manos que parecían tijeras. Tadeo se quedó paralizado y en ese momento, un rayo iluminó, y se escuchó. Por un segundo, juró que la figura del cuadro se había movido, no fue un movimiento brusco; fue un sutil crujido de alguien que se acomoda en una silla.

—¿Hola? —susurró. Un segundo rayo cayó y la figura del cuadro ya no estaba sentada de lado; ahora parecía estar inclinada hacia adelante, como si intentara salir del marco para alcanzar las velas que estaban a los pies del niño. Tadeo soltó la linterna, agarró las velas a ciegas y subió las escaleras saltando de tres en tres, gritando que "La mujer de las manos largas" lo estaba llamando. Esa noche tuvo su primera crisis de convulsiones y su madre nunca volvió a pedirle que fuera al sótano solo.

Veintiún años después, Tadeo permanecía frente a esa misma puerta de madera carcomida; se sentía de nuevo como de siete: el miedo lo consumía en una Pensilvania sumida en la oscuridad. Tras la muerte de sus padres en un accidente, la casa había pasado a sus manos.

—¿Vas a entrar o vas a seguir intentando hipnotizar la cerradura? —preguntó Elena, su prometida, rompiendo el pesado silencio del pasillo. Tadeo forzó una sonrisa, aunque sus manos sudaban y temblaban ligeramente.

—Es solo que... el aire aquí abajo es pesado, Elena. El ático bajo no es un lugar para visitas.

—Es solo un depósito de recuerdos viejos, Tadeo. Necesitamos todo para la venta. El pasado no puede morderte. —Él asintió, aunque el sabor metálico del miedo seguía en su lengua y, por fin, abrió la pequeña puerta. Encendió la lámpara, esta vez una moderna de Led, y el haz de luz barrió cajas de fotos y muebles cubiertos con sábanas. Al fondo, apoyado en el mismo rincón de hace veintiún años, estaba el lienzo, ahora cubierto por una tela blanca.

Tadeo se acercó como si el suelo estuviera hecho de

cristal y por cada pisada que diera pueda llegar a romperse. El trauma ya no era un recuerdo borroso de una noche de lluvia; era una presencia física de la que había huido desde aquel día.

—Es esta, ¿verdad? —Elena se acercó para tirar de la tela.

—¡No! —gritó Tadeo, pero fue tarde. La sábana cayó al suelo con un sonido sordo y la pintura revelaba a la mujer de sus pesadillas. Sin rostro definido, con pinceladas grises y violáceas en un torbellino eterno donde debería estar la piel; pero lo más perturbador seguían siendo las manos, extremadamente largas, con dedos que parecían fundirse con el marco de madera.

—Es... abstracta. Un poco tétrica, sí, pero no entiendo por qué te causaba tanto miedo —se extrañó Elena, pasando el dedo por el borde del marco.

—No se quedaba quieta, Elena. Aquella noche de las velas, ella me miró. Y no tenía ojos. —Más decidido a enfrentar el trauma, Tadeo se acercó el cuadro para inspeccionarlo mientras Elena revisaba lo que se encontraba en el sótano.

—Elena, mira esto. El marco no es de madera común. Parece... hueso tallado y barnizado.

En la parte posterior, oculto bajo una capa de papel sellado con cera roja, encontraron una inscripción en un latín rústico y una fecha: "Non est imago, est carcer. Qui aspicit, solvit." ("No es una imagen, es una cárcel. Quien mira, libera.") 1842.

—¿Una cárcel? —Elena soltó una risa nerviosa—. Tu familia tenía un gusto muy fuerte por lo dramático.

—Mi mamá siempre decía que su hermano, Julián, desapareció de una habitación cerrada —recordó Tadeo, palideciendo—. Él era un pintor y decían que se "perdió en su arte", pero también era un hombre obsesionado con la alquimia de los colores.

Tadeo comenzó a raspar con cuidado una esquina de la pintura donde el pigmento parecía más grueso, casi costroso. Un olor metálico, rancio y sofocante llenó la habitación.

—¡Tadeo, detente! —exclamó Elena, cubriéndose la nariz—, es asqueroso.

—No es pintura normal. Es una mezcla de algo orgánico... y sangre. Sangre humana.

Debajo de la capa de "rostro difuso", empezó a aparecer un ojo, un ojo real, demasiado humano, inyectado en sangre, que parecía mirar directamente a la retina de Tadeo. El joven sintió una punzada en la sien y los recuerdos fluyeron: de niño, entrando al ático bajo la lluvia, viendo cómo la pintura exudaba un líquido oscuro.

—La pintura no representa a alguien —dijo él con voz quebrada—. La pintura es alguien. Julián no pintó un retrato, él usó su propio cuerpo como materia prima para traspasar su consciencia al lienzo y se quedó atrapado en el proceso de creación eterna.

De repente, como si la casa recordara aquella noche en Pensilvania, las luces parpadearon y se apagaron una y otra vez. El silencio fue absoluto, excepto por un sonido sordo: el de algo húmedo arrastrándose por el suelo.

—¿Elena? —llamó Tadeo, pero no hubo respuesta. Encendió la linterna de su móvil; Elena estaba de pie frente al

cuadro, pero su postura era antinatural, sus hombros estaban desencajados.

—Está muy oscuro aquí dentro, Tadeo —dijo ella, pero la voz salía en susurros—. Julián tenía mucha hambre. Pero tú... tú eres de su misma sangre. Tu cuerpo es un recipiente mucho más cómodo que este lienzo de piel seca.

El hombre del cuadro ya no estaba en el lienzo, el marco estaba vacío, mostrando solo el fondo de la silla de terciopelo negro. Tadeo retrocedió, tropezando con un par de cajas y en un arranque de adrenalina, corrió hacia arriba para salir de ahí, pero no sin antes agarrar el lienzo vacío, corrió hacía la chimenea de la casa y lo lanzó a las llamas.

Un alarido inhumano retumbó en las paredes, Elena cayó al suelo, convulsionando, mientras una sombra negra se desprendía de ella, intentando regresar desesperadamente al cuadro que se consumía. El olor a carne quemada inundó la estancia, la sombra se retorció en el aire, tomando la forma de un hombre anciano y deforme por un segundo, antes de desvanecerse en una columna de ceniza negra.

Semanas después, Tadeo y Elena se mudaron, la casa de Pensilvania fue demolida. Sin embargo, Tadeo nunca volvió a encender una vela en la oscuridad y, a veces, cuando camina frente a una pintura, se queda paralizado. Teme que, en el fondo de su propia sombra, todavía quede un trazo de aquel marco, esperando a que el mundo se quede a oscuras una vez más para terminar su obra.

Cuando el tiempo me pidió ayuda

Romina Isabela Chan Chí

Nadia regresó a la casa de su infancia una tarde gris, cuando el silencio parecía más pesado. Hacía años que no cruzaba esa puerta, pero el olor a madera vieja, el polvo acumulado sobre los muebles y los recuerdos seguían intactos. Caminó como si temiera que el pasado la escuchara. En la pared del pasillo seguía colgado el antiguo reloj, tan alto que tuvo que inclinar la cabeza hacia atrás para verlo, igual que cuando niña. El tic-tac resonaba en toda la casa, avanzando siempre y sin pedir permiso.

Ese ritmo la había acompañado en su presente, se imponía. Así que prefirió refugiarse en los recuerdos. Al intentar tocar el reloj, el aire se volvió más ligero y la casa comenzó a encogerse. Miró por todas partes, dio unos pasos cortos, sus brazos ya no alcanzaban los estantes. Necesitó ponerse de puntitas para verse en el espejo y apareció ahí una niña con mochila, demasiado grande para su espalda.

Desde un rincón observó escenas que creía olvidadas: corría por los pasillos, se estiraba para alcanzar el reloj sin lograrlo y volvía a intentarlo, exhausta, una y otra vez. Se preguntó si la infancia había sido un refugio. ¿Por qué ese impulso de volver ahí cada que el presente le exigía algo inalcanzable?

El reloj apareció de nuevo, ahora roto y con una manecilla caída. Miró por dentro, sin saber qué pensar. Le pareció que pedía ayuda. Con temor, Nadia tomó la frágil manecilla y la colocó en su lugar. Cuando las imágenes del

pasado comenzaron a desvanecerse, la casa volvió a su tamaño normal y un silencio verdadero regresó. El reloj seguía colgado en lo alto, no parecía intimidante. Nadia salió de la casa en paz, tranquila. El tiempo era su cómplice y la esperó hasta que estuvo lista.

Quince días y tres años que dolieron para siempre

Héctor Daniel Chimal Kú

Se conocieron en la preparatoria; eran de salones diferentes, y tal vez por eso todo empezó mal. No se buscaron ni se eligieron: se encontraron demasiadas veces. En los pasillos, en el patio, en miradas que parecían reto. Desde el inicio, un odio tonto, adolescente, hecho de rumores, orgullo y silencios mal entendidos. Ella tenía novio. Eso lo alejaba... y al mismo tiempo lo enfurecía.

Para ella, él era frío, distante, alguien que parecía molesto. Para él, ella era un error que no debía importarle. Pero el destino insistió, los obligó a hablar, a discutir, a escucharse. Y en medio del enojo, algo cambió.

Él fue el único que la miró de verdad. Notó su cansancio, sus miedos, la presión de su mamá, las inseguridades que escondía tras una sonrisa. No la buscó por costumbre, la buscó por interés real. Y sin darse cuenta, fue entrando en su vida.

El odio se convirtió en costumbre.

La costumbre en cercanía.

Y la cercanía en amor.

Él lo negó durante semanas, hasta que un día la llevó lejos del ruido de la escuela, con el corazón temblando, y le dijo la frase que marcó su historia:

—Te doy quince días para que lo termines.

No fue una amenaza, fue miedo, amor mal dicho. Ella no respondió. Solo se fue, con el pecho apretado y la mente llena de dudas. Quince días para aceptar que ya no amaba a

quien estaba a su lado. Quince días para elegir algo que podía romperlo todo. Al final, dejó a su novio, con culpa y lágrimas, pero honestamente.

Cuando volvió con quien sí decidió intentarlo, supo que ese momento la marcaría. Él se convirtió en su primer amor, el primero que dolía, el primero que importaba de verdad. Y así comenzaron tres años juntos. Tres años de mensajes hasta la madrugada, de risas escondidas, promesas ingenuas y sueños que parecían posibles. Creciendo juntos... y rompiéndose poco a poco.

La distancia fue la primera herida. No siempre podían verse. Cada despedida pesaba más.

La mamá de ella nunca aceptó: reglas, prohibiciones, miradas de desaprobación. Los problemas personales crecieron con ellos. Él empezó a sentirse insuficiente. Ella, atrapada. Las inseguridades se hicieron parte del día a día. Dudas, celos, silencios largos. A veces se amaban con fuerza o se lastimaban sin querer.

Hasta que, en uno de esos momentos frágiles, ocurrió el engaño, el quiebre de tres años de confianza. Ella sintió que todo lo que había dejado no había valido la pena. Él se llenó de culpa y miedo. Intentaron arreglarlo, porque después de tres años no se abandona tan fácil. Se prometieron cambiar y abrazaron de lágrimas el intento, inundando de sal una herida nueva.

Después de tres años, se soltaron. No hubo gritos. En público, fingieron que no importaba. Que todo había quedado atrás. Se cruzaban como extraños, como si tres años no hubieran existido. Pero en secreto... se odiaban. Él, por no

haberse quedado a luchar con lealtad. Ella, por poner en duda su fidelidad. Un odio silencioso. Dolía más que el amor. Cada enojo escondía un recuerdo. Cada canción hablaba de ellos. Cada mirada evitada era un “todavía te amo”.

Al final, él aprendió. El amor no se exige ni se sostiene de promesas. Las inseguridades pueden destruir lo más fuerte. No todos los amores de tres años están hechos para durar... pero sí para marcar. Lo que empezó con odio terminó con amor, un amor convertido en rencor. No era posible seguir juntos sin romperse. Y así, a los 19 años, se quedaron con una historia que dolería para siempre.

Mi primer beso

María Victoria Coello Morales

Yo era una adolescente que nunca había dado su primer beso. Escuchaba a mis amigas hablar de sus experiencias y, aunque me daba curiosidad, también sentía nervios. Pensaba mucho en cómo sería ese momento y si llegaría de forma especial.

Un día, durante una fiesta, coincidí con una persona que me gustaba desde hacía tiempo. Empezamos a platicar y noté que me sentía cómoda, como si el tiempo pasara más despacio. Mientras hablábamos, el ambiente se volvió especial. Había risas nerviosas y silencios tranquilos. Yo dudaba si lo que sentía era correspondido o solo estaba en mi imaginación. Aun así, decidí confiar en mis emociones.

El momento se fue construyendo poco a poco, sin palabras. Sentí una mezcla de miedo y emoción. De pronto, ocurrió mi primer beso: fue breve, inesperado y lleno de nervios, pero también sincero y significativo para mí.

Después del beso, me sentí sorprendida y feliz. Al llegar a casa, pensé mucho en lo que había pasado y comprendí que no se trataba de que fuera perfecto, sino de que fue real.

Con el paso del tiempo, entendí que ese primer beso marcó una etapa importante en mi vida. Hoy lo recuerdo con tranquilidad, como una experiencia sencilla que formó parte de mi crecimiento personal

El lazo que nos une

Natasha Elizabeth Durán Novelo

Alejandro y Elizabeth no recordaban exactamente cuándo se conocieron porque siempre habían estado ahí, el uno para el otro. De esos amigos que, si uno sentía tristeza, el otro era refugio. Compartieron demasiados momentos juntos. Sin embargo, algo de repente empezó a cambiar de forma sutil, como el color del cielo al atardecer.

Un viernes por la noche, mientras veían una película de romance en el sofá de Elizabeth, sus manos se rozaron al intentar alcanzar las palomitas al mismo tiempo. En lugar de apartarla con una broma como hacían siempre, ambos dejaron la mano allí un segundo de más. El silencio que siguió no fue incómodo, pero el corazón de Alejandro empezó a latir tan fuerte que temía que ella lo escuchara.

—¿Te has fijado en que el protagonista siempre se enamora de su mejor amiga? —preguntó la chica, intentando sonar casual, aunque su voz tembló un poquito. Alejandro la miró a los ojos. En la penumbra de la sala, brillaban de una forma distinta.

—Quizás es porque ya conocen sus peores chistes y aun así deciden quedarse —respondió él con una sonrisa nerviosa.

Esa noche, cuando él se fue, ambos se quedaron despiertos, pensando y preguntándose si valía la pena arriesgar la amistad más bonita que tenían por un sentimiento que quemaba con más fuerza cada día. Pasaron semanas de una extraña electricidad entre los dos. Se miraban más de lo normal, pasaban tiempo juntos y se reían por todo, pero el

miedo a "arruinarlo todo" los mantenía a una distancia prudente.

Llegó el día del cumpleaños de Elizabeth. Ella realizó un convivio en el cual él no podía faltar. En un momento se quedaron solos en la mesa; era extraño porque no se estaban hablando como siempre lo hacían, estaban en completo silencio, pero no se soltaban la mirada. Alejandro no aguantó más.

—Llevo días pensando en algo. Me aterra perderte, pero me aterra más no decirte que eres la persona con la que quiero compartir cada risa, cada viaje y cada domingo por la tarde. No solo como tu amigo, sino como algo más.

Se quedó callada un instante, y a Alejandro se le hizo eterno. Ella se giró, acortando la distancia entre los dos, y le tomó las manos.

—Llevo mucho tiempo esperando que lo dijeras —susurró— o que yo tuviera el valor de hacerlo... no sabía cómo hacerlo. La amistad ya es amor, Alejandro, solo que ahora queremos que sea un amor completo.

Sin más palabras, se besaron por primera vez. Fue un beso que sabía a confianza, a años de complicidad y a un nuevo comienzo. Ella sintió que no perdió a su mejor amigo, al contrario, ganó al compañero de vida perfecto.

Siguieron teniendo sus tardes, solo que ahora tenían sabor a planes de futuro, manos entrelazadas y la certeza de que el amor más fuerte es aquel que nace de una amistad sincera.

El regalo necesita llegar a él

Janely Galilea Dzib Alvarado

Desde que amaneció, Jazmín tenía una sonrisa difícil de disimular. Ese día no era cualquiera: había planeado visitar a su novio para pasar un rato juntos y, sobre todo, para entregarle un obsequio que había preparado con mucha ilusión. Había pensado con cuidado en ese detalle, imaginando su reacción, recordando cosas que a él le gustaban y queriendo que ese regalo expresara lo mucho que le importaba.

Se arregló con calma, eligió su ropa favorita y revisó varias veces que el regalo estuviera bien envuelto. Cuando por fin estuvo lista, fue con su mamá y le avisó que ya podían salir. Su madre, atenta y dispuesta a apoyarla, dejó lo que estaba haciendo y tomó las llaves del auto para llevarla.

Ambas salieron con buen ánimo, pero al subir al auto y tratar de encenderlo, el motor no respondió. Su mamá lo intentó una vez más... y otra... pero el carro seguía sin arrancar y Jazmín comenzó a sentir un poco de nervios. Miraba el reloj y pensaba que se le estaba haciendo tarde.

Algo preocupada, sin perder la calma, decidió llamar a su papá. Le explicó rápidamente lo que estaba pasando y, con un tono de voz apresurado, le pidió el mismo favor. Su papá le aseguró que en unos minutos estaría ahí.

Cuando llegó a casa, Jazmín sintió un gran alivio. Agradeció a su mamá, quien regresó a sus quehaceres, no sin antes decirle que la acompañaría cuando fueran al taller, y subió al auto. Durante el camino, volvió a sonreír. Pensaba en el momento en que vería a su novio, en la sorpresa que se

llevaría y en lo bonito que sería compartir ese rato. Al llegar, abrazó con cariño a su papá y bajó para encontrarse con su novio.

Pasaron una noche agradable platicando y riendo, y cuando llegó el momento, Jazmín le entregó el obsequio. Ver su reacción valió completamente la pena. En ese instante comprendió que, aunque surgieran pequeños obstáculos en el camino, siempre podría contar con el apoyo de sus padres para lograr lo que se proponía.

A partir de ese día, además del grato encuentro, Jazmín empezaría a recordar la importancia de dar y recibir muestras de cariño familiar. Cuando su novio le preguntó, algo apenado, cuánto le habría costado tan fino regalo, lo pensó un momento y le respondió que la satisfacción de haber cumplido su plan, a pesar de las dificultades, no tenía precio.

La noche que me encontré a mí misma

María Teresa Ek Álvarez

Era una noche típica de viernes en casa. Estaba sentada en el cuarto, escuchando música y navegando por teléfono. Mis padres siempre estaban encima, preguntando sobre las calificaciones y el futuro. La escuela era un lugar donde me sentía como un número. La vida era un desastre. Mis amigas estaban todas ocupadas con sus propias vidas. Me sentía como un fantasma, invisible para todos, incluso para mí.

De repente, mi mejor amiga, Rosalía, me llamó y me dijo que fuera a la fiesta de la escuela. Me negué al principio, pero ella me convenció de que sería divertido. Así que me arreglé y fui. El lugar estaba lleno, buena música y risas. Me sentí como un pez fuera del agua, pero Ros me presentó a algunos de sus amigos y me sentí un poco más cómoda. Estábamos hablando y riendo cuando vi a un chico sentado en un rincón, mirando su teléfono con una expresión triste. Me sentí atraída por él, así que me acerqué y le pregunté si estaba bien.

Él me miró y sonrió. Sí, estoy bien, dijo. Solo estoy un poco aburrido. Me senté a su lado y empezamos a hablar. Su nombre era Héctor y era nuevo en la escuela. Me contó que se sentía como un outsider, que no podía encontrar su lugar en la escuela. Sí, era alguien que entendía lo que yo estaba pasando.

Empezamos a hablar de música, películas y libros. La conversación fluyó y me sentí como si lo hubiera conocido toda mi vida. Me contó sobre su amor por el fútbol y cómo

tenía su sueño de volverse un profesional. Me mostró videos de sus partidos favoritos y me hizo reír al imitar celebraciones de ellos.

La noche se convirtió en madrugada y nos quedamos hablando hasta que la fiesta se acabó. Me di cuenta de que me había olvidado de mis problemas y me había divertido por primera vez en mucho tiempo.

Después, Héctor y yo nos hicimos amigos y empezamos a compartir más tiempo, y me di cuenta de que me gustaba su forma de ver el mundo. Me hacía sentir que todo era posible, que podía hacer cualquier cosa que me propusiera. Me di cuenta de que había estado buscando a alguien que me entendiera, que me viera como soy. Y él era esa persona. Sentí que yo, por fin, me había encontrado, y como si hubiera encontrado también, y al mismo tiempo, mi lugar en el mundo. Por eso estoy eternamente agradecida.

Ahora, miro hacia atrás y me doy cuenta de que esa fiesta fue el comienzo de una vida con amigos, música y risas. Sin miedo a ser juzgada. Y todo gracias al chico que me encontré en la oscuridad y me llevó a la luz.

Me gustaría decirle a Héctor que lo amo, que sin él no estaría aquí. Su sonrisa ilumina mi vida y su risa es la música que me hace bailar. Que es la persona más increíble que he conocido y que siempre estaré agradecida por haberlo encontrado.

La vida es un viaje, y yo estoy agradecida de haber viajado con él por un breve lapso, el más feliz. Claro que lo extraño y daría lo que fuera porque estuviera aquí. Sé que estaría contento de ver que he podido adaptarme. Toda la vida

estaré en deuda porque nunca pude hacer nada por él. He logrado vivir con este arrepentimiento hasta sanarlo, porque sé que a él no le hubiera gustado que permaneciera con ese sentimiento.

El hizo mi vida feliz y así seguiré. Al ser feliz le hago honor a quien hizo de todo para lograr que yo lo fuera. Estuvo a punto de cumplir sus sueños... pero supongo que la vida es así y no se puede hacer más que aprender a vivir con esos cambios.

Un estilo de maternidad que nadie esperaba

Yordi Jesús Escobar Montalvo

“Jorge, Anastasia, Valentina y Edwin, gracias por estar aquí. A ti, Edwin, te recibiremos muy pronto. A papá le hubiera encantado saber que muy pronto estarás en esta escuela...”

— Profesora, muchas gracias por aceptar la invitación a atender a estos chicos.

—Será un placer, directora, además ahora me viene bien pasarme el turno matutino.

—Qué bueno saberlo, y ya ves, los cuatro grupos son de excelente promedio, nada más que en Artes, no entiendo qué pasó, bueno, sí, sí... en fin, estamos apenas comenzando el curso y a muy buen tiempo de enderezar el barco. Estoy segura de tu desempeño, muchas gracias...

—Entonces... a partir de la próxima semana.

— Sí, ya ves que ha sido una emergencia, y no te preocupes por tus grupos de la tarde, todo eso está arreglado ya, pero aquí estaremos por cualquier cosa.

Astrid se despidió, y se llevó a casa las listas de los grupos. Le comentó a Jorge la noticia mientras cenaban, y siguieron pensando cada uno, como si estuvieran masticando el cambio.

—Ahora que vuelvan Tasia, Vale y Edwin les comentamos para ponernos de acuerdo con los desayunos, mami, y la comida. No te preocupes, yo solo necesito tener las cosas y ya... espero que mis hermanitos no se aburran de comer potajes y mole, porque es lo único que me sale perfecto.

—Muchas gracias, hijo... papá estaría...

—... orgulloso de mí, jajaja, ya me la sé...

Astrid estaba entrenada para los desafíos. Así que el alumnado fue reconociendo en ella un estilo de enseñanza y los nombres de cada uno fueron adoptando un rostro, un carácter, una historia personal. No era lo que había pensado, ella estaba ilusionada con sus pequeños, y hubiera deseado criarlos, quedarse en casa para acompañarlos en su crecimiento mientras se dedicaba a pintar y componer canciones. A sus 36 años, daba clases en la secundaria. Nada que hubiera imaginado diez años antes, al lado de Gilberto, el amor de su vida, el mejor amigo y cómplice de su infancia.

—Buenos días, chicos, hoy tenemos un tema que me apasiona, de hecho, no me dejó dormir... estuve pensando tantas cosas con el tema de la perspectiva... que dije: hay que dedicarle al menos tres clases...

Astrid acostumbraba inyectar de emociones su discurso cuando abordaba un nuevo tema, y a veces utilizaba la estrategia de contar un poco de su vida o utilizaba ejemplos de sus hijos para lograr llamar la atención del grupo. En el diseño de su plan estratégico usaba diversos métodos. Así que poco a poco los sorprendía con actividades, material digital e interactivo, incluso con juegos y hojas impresas.

—... y ¿qué creen que les traigo aquí? Miren, estos trazos con una clarísima perspectiva los hizo mi hija Vale cuando tenía apenas cinco años. Conservo este dibujo como un tesoro, seguro que lo pueden adivinar, y miren, les explico por qué...

—Ay, maestra, pues cómo, ni modo que no admire eso, si es de su hija...—se murmuraba allá atrás, pero a ella eso no le bajaba el ritmo.

—Vean ustedes mismos — invitaba con tono suave y cálido, mientras alzaba la mano hacia la imagen que se proyectaba en la pared. Y los chicos empezaban a analizar, porque ya habían leído un poco para la clase, eran grupos aplicados y hasta desafiantes.

—Pues yo no veo el punto de fuga, maestra...

—¡Buena vista, chicos!, y a ver, Juan, ¿qué se supone que es el punto de fuga, para qué sirve?

—Para salir corriendo cuando no sabes la respuesta...

—Pues... ¡qué buen punto! — seguía el juego, divertida de lo lindo con ellos. Y avanzaba, sin perder terreno.

En varias ocasiones, al terminar la sesión de clase, algunas estudiantes se le acercaban para confiarle algún asunto que estuviera dificultando su desempeño. Astrid tenía que hacer maromas con los pocos minutos entre clase y clase, pero nadie se enteraba porque ella ponía una cara maternal y creían que se identificaba con sus problemas, y era cierto, pero cuántas veces ni siquiera pudo ir al baño o se quedó con hambre porque alguien no tenía nada para comer. Cuántas otras tuvo que mediar antes de que los conflictos llegaran hasta la dirección.

—¡Ja!, mira, ahí va la Magdalena a contarle sus penas otra vez, ya chole con esas chavas, si para eso tenemos orientadores... ¡que vayan a contarle a su tía!

—Pues para mí que solo quieren su nota de excelente,

porque mira, ¿te fijaste del regalito que le dio Susy para el 15 de mayo?

Así comenzaron los dimes y diretes en el fondo del salón y en la cafetería, hasta que salieron del ámbito escolar y llegaron a oídos de los padres de familia. Y comentarios como estos se alcanzaron a escuchar después de una junta por entrega de calificaciones.

—¡Otra vez! Parece que en esta escuela no hay maestros normales, primero les ponen a nuestros hijos una profe que odia enseñar, y ahora, una que no se mide en atenciones, demasiadas atenciones, ahora mi hija me anda comparando con ella...

—Eso no es nada, yo no sé cómo en tan poco tiempo le hizo, pero mi hijo la obedece más que a mí, ¿me haces el favor? pues ¿clases de arte o de qué les viene a dar?

Astrid se enteró y no pudo creer que las cosas estuvieran peor que cuando daba clase en el turno vespertino, donde a los papás no les interesaban los problemas de sus hijos. Pero bien que habían salido a protestar cuando el salón vespertino enteró sacó seis puntos, cuando ya era muy tarde. Se sintió golpeada, aunque también reconfortada cuando la maestra Margaret, de Matemáticas, la aconsejó:

—No les haga caso, maestra, ellos solo están mostrando su propia inseguridad, porque el desempeño académico sin duda es intachable. Y fue para eso que te llamaron, porque la anterior nomás no supo cómo llegarles. Hasta le apodaban “doña Sangre”, ya te puedes imaginar, Astrid.

—Increíble... pues gracias, maestra Maggy, creo que

he regresado a mi centro. Aunque reconozco que les dedico tiempo extra en cosas que... a lo mejor no me competen, pero siento y creo que todo está vinculado, realmente no puedo hacerme de la vista gorda. Soy artista, yo nunca imaginé que la vida me trajera a este trabajo.

—Como diría todo mundo, te falta “aporrearlo”, pero yo espero que nunca la vida te derrote.

En la primera entrega de boletas, como tutora del 3º C, había sentido la tensión en el aula. Pero cuando los padres de familia encontraron 9 y 10 de calificación, no se sorprendieron gratamente, pues pensaron que “por cariño” habían sido sobrevalorados. Nada les quitaba la desconfianza, aunque algunos, con el paso de las semanas, empezaron a reconsiderar su postura.

A mitad de noviembre, ya todo mundo estaba montado en el festival navideño. Los familiares del alumnado a veces se quejan de que en las escuelas repiten mucho los temas, las canciones, los guiones, así que Astrid se enfocó en la originalidad. Las asignaturas de Música, Pintura y Teatro debían impactar. Lo primero que hizo fue platicar el asunto con cada grupo. Investigaron y diseñaron una programación en la que los gastos de vestuario y escenografía pudieran ahorrarse para que destacara lo más importante: la persona y su ejecución.

La directora quedó fascinada por los aplausos y, al cierre del festejo, elogió la creatividad de su profesora. Le pidió subir al estrado para decir algunas palabras. No se esperaba un detalle tan grato, se puso un poco nerviosa. Alcanzó a

escuchar las porras de sus hijos, que esta vez la habían acompañado, y se sumaron las de sus alumnos. Entonces pensó en Gilberto, hizo una pausa, y comenzó su discurso de agradecimiento...

Lo que la guerra nos quitó

Keyra Jhoseline Falcón Ucán

El invierno había devorado al frente. Como si intentara ocultar la guerra, la nieve cubría explosiones, gritos y cuerpos. Zev Levin avanzaba junto a su escuadrón, con la bufanda pegada al rostro y los dedos entumecidos en el fusil. Caminaban hacia el Este para entregar una carta urgente a otra base soviética. Nadie les explicó exactamente qué contenía. Sabían lo suficiente para arriesgar sus vidas. Nikolai caminaba adelante, siempre alerta.

—Cuando termine todo esto —dijo, sin voltear—, voy a abrir un restaurante. Nada de guerra, solo comida caliente. Lev rió detrás:

—¿Tú, cocinar? Nos envenenarías.

Pavel empujó a Zev con el hombro.

—¿Tu qué harás, librero?

Zev sonrió apenas.

—Dormir. Un mes entero.

Como un acto de resistencia, rieron, aunque torpemente. La noche anterior habían compartido el último pan duro.

—Cuando vuelva a casa —había dicho Pavel entonces—, voy a comer hasta no poder moverme.

—Cuando vuelva, yo ya me habré casado —bromeó Lev.

—¿Con quién? ¿Con un fusil?

Las risas avivaron la pequeña fogata. Por un momento, la guerra parecía lejana, pero la emboscada llegó al amanecer.

Disparos desde el bosque. Gritos. Órdenes en alemán y la nieve explotando a su alrededor.

—¡Nos rodean! —gritó Nikolai. El escuadrón corrió entre árboles mientras las balas golpeaban troncos y levantaban tierra congelada. Los alemanes se acercaban, las piernas comenzaban a fallar. Los chicos corrieron sintiendo cada vez más cerca a los enemigos. Un disparo resonó, impactando a un costado de los pies de Pavel. Asustados, avanzaron, pero al ver que pronto serían alcanzados, Nikolai se quedó atrás, cubriendo su retirada.

—¡Sigán! —les gritó. Zev quiso volver por él, pero Pavel lo empujó:

—¡No podemos ayudarlo!

Los disparos se intensificaron. Nikolai los miró por última vez, y les sonrió, para quedar oculto entre humo y gritos. No volvieron a verlo. Nadie intentó detenerse. Jadeaban hasta que Lev cayó al cruzar terreno inestable.

—¡Agárrate! —Zev intentó sujetarlo.

—No me sueltes...— forcejeó, desapareciendo bajo los restos congelados del terreno.

Pavel y Zev corrieron para cruzar un camino abierto cuando los disparos resonaron otra vez. Una bala había herido a Pavel cerca del corazón y cayó. Zev volvió con desesperación.

—¡Levántate! —Pavel negó con la cabeza, respirando con dificultad.

—La carta... llévala — suplicó empujando apenas a su compañero.

—No voy a dejarte.

—Alguien tiene que sobrevivir... para contarlo —.
Pavel sonrió, extenuado.

Zev disparó hacia los soldados que se acercaban.

—¡Corre, idiota!

Pero Zev dudó, no quería dejar a otro compañero, pero corrió. Los disparos quedaron atrás. Cuando el silencio volvió, caminaba solo. El escuadrón había desaparecido y la guerra continuaba. Horas después, entre restos de combate reciente, encontró a un soldado alemán herido, apoyado contra un muro derrumbado. Ambos se apuntaron. El alemán intentó levantar su arma, pero cayó gimiendo, sangraba por la pierna. Ambos se miraron en silencio, sin apartar la mirada, alertas.

—Hazlo rápido —masculló el alemán con voz baja.

Zev dudó. Recordó a sus amigos, el miedo de quedar solo. Bajó el arma. Se acercó, apartó la metralleta del enemigo y comenzó a vendar la herida. Se sentía observado, podía oler ese desconcierto.

—¿Por qué me ayudas?

Zev respondió sin mirarlo:

—Porque ya enterré suficientes amigos hoy—. Tras un momento de silencio, el alemán habló:

—Lukas—. Zev entendió, pero dudó antes de responder:

—Zev. Si te quedas, mueres. Camina conmigo —.
Lukas lo miró sorprendido. ¿Acaso estaba loco?

—¿Estoy arrestado?

—Estás vivo. No pidas más—. El par de insomnes se bamboleaba por el camino esperando traición. Una patrulla alemana estaba a punto de descubrirlos. Lukas salió cojeando

al camino y convenció a sus compatriotas de que perseguía a un enemigo que había escapado. Al regresar, Zev lo miró con asombro.

—Pudiste entregarme.

—Sí, y tú matarme—. La guerra empezaba a mostrarles algo incómodo, y con el mismo sufrimiento, compartieron pan duro esa noche.

—Antes estudiaba ingeniería —dijo Lukas.

—Yo ayudaba en la librería de mi padre.

—Curioso lugar para terminar empuñando un arma.

Zev suspiró:

—La guerra nos cambia.

—Cuando termine —murmuró Lukas— ... construiré puentes.

—Tal vez el mundo lo necesite.

Cuando se acercaban a territorio soviético, las tropas alemanas reaparecieron. Ordenaron a Lukas regresar a las filas. Zev observó que se alejaba sin mirar atrás, decidido a seguir con la guerra, como si esos días, noches, cansancio y apoyo entre ellos nunca hubieran existido. Sintió traición. Volvía a quedarse solo. Anduvo hasta entregar la carta justo a tiempo. Sin amigos, sin sueños.

Días después, las noticias: el ejército alemán retrocedía, el fin de la guerra parecía inminente. Una noche, la base estalló en celebraciones. Al fin, el infierno había acabado. Cientos de hombres lloraban de alivio. Pero Zev no podía conseguirlo. Su llanto exigía más de la guerra, aunque hubiese sobrevivido.

Días después, vio columnas de prisioneros que estaban siendo trasladados bajo vigilancia. Uno a uno pasó revista

desde el corazón. Lukas... más delgado, cansado. Se miraron sin poder hablar ni acercarse. Solo por dentro, habían sobrevivido a los mandatos ajenos. La fila avanzó. Lukas sostuvo su mirada, y una pequeña sonrisa que transmitió calma a Zev. Sin emitir ningún sonido, su boca se movió formulando un gesto: “lo siento”. Zev, impotente. Lukas desaparecía entre la multitud, aceptando su destino. La guerra no había terminado para todos. La nieve comenzó a caer, cubriendo huellas y recuerdos. Zev respiró hondo: en medio de la destrucción, dos hombres pueden encontrarse y perderse. Tal vez no para siempre. Habrá otros caminos. Se dio la vuelta mientras los festejos habrían de resonar durante años siempre lejos, muy lejos de su corazón.

Cuando el tiempo se hizo eterno y nunca lograste decirlo

Analy Alejandra Galera Espinosa

La última foto de la graduación salió un poco borrosa. Allison estaba riéndose cuando Devin la abrazó por la espalda, y el flash capturó el momento justo antes de que ella girara el rostro para mirarlo. En la imagen él parece estar diciendo algo; ella parece a punto de responder. Si alguien mirara esa fotografía sin conocer la historia, pensaría que nada podría romper lo que se ve ahí: dos personas jóvenes, abrazadas, seguras de un futuro generoso.

Esa noche, después de los discursos y las risas, salieron a caminar lejos del ruido. Allison llevaba los tacones en la mano y sentía el frío en los pies. Devin caminaba a su lado, más callado de lo normal.

—Todo va a estar bien —dijo finalmente.

Allison lo miró con esa mezcla de ternura y preocupación que solo se tiene cuando algo importa demasiado.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo.

Ella quiso creer que eso bastaba. No lo sabía entonces, pero algunas promesas empiezan a fracturarse desde el instante en que se pronuncian.

Mucho antes de esa noche, cuando todo parecía sencillo, Devin había entrado tarde a su nuevo salón, el último año de preparatoria. No conocía a nadie y detestaba esa sensación de no pertenecer. Buscó un asiento libre y fue entonces cuando la vio. Cabello negro, perfectamente peinado,

mirada fija en una libreta llena de apuntes organizados. No parecía interesada en el ruido del salón. En ese instante, sintió que el corazón se empezaba a acelerar y las manos le sudaban. Se sentó detrás de ella. Durante varios minutos intentó concentrarse en la clase, tratando de ignorar su presencia, pero terminó inclinándose hacia adelante.

—¿Siempre escribes tan rápido o estás compitiendo con el maestro?

Ella giró lentamente, evaluándolo.

—Depende de quién pregunte.

—Devin.

Hubo un segundo de pausa.

—Allison.

Volvió a mirar al frente, pero una pequeña sonrisa se le escapó. Bastó con eso. No se enamoraron de inmediato. Se fueron conociendo como quienes no tienen prisa. Trabajos en equipo, caminatas después de clase, cafés improvisados donde hablaban de cualquier cosa. Devin le escribía primero. Proponía planes. Llegaba puntual. Eso significaba más para ella de lo que él imaginaba.

Allison había crecido casi siempre sola con su mamá. Su papá se fue cuando era pequeña. No hubo grandes discusiones, solo ausencia. Un día estaba y al siguiente no. Desde entonces aprendió a no depender demasiado de nadie, pero también a valorar profundamente a quien decidía quedarse. Cuando él empezó a ser constante, algo dentro de ella se acomodó. La noche que le pidió que fuera su novia estaban sentados en una banca compartiendo audífonos. No hubo flores ni declaraciones exageradas.

—No quiero que esto sea solo amistad —dijo, y ella sintió el corazón acelerarse.

—Yo tampoco.

Fue simple y verdadero. Iban al cine los viernes, estudiaban juntos los sábados y caminaban sin rumbo los domingos. Él recordaba detalles: cómo le gustaba el café con poca azúcar, qué canciones repetía cuando estaba nerviosa, qué colores evitaba usar. Ella se acostumbró a esa presencia y él a sentirse necesario.

Devin no había vuelto a saber nada de su papá. Se fue cuando él tenía nueve años. No hubo despedida clara, así que esperó durante meses mirando por la ventana cada tarde. Su mamá dejó de mencionar el tema. El chico aprendió a no necesitar demasiado ni prometer lo que no pudiera cumplir. Era mejor no quedarse donde existiera la posibilidad de fallar. Si hablaban del futuro y ella decía “cuando vivamos en la misma ciudad” o “cuando termine la universidad”, él sonreía. Pero algo en su pecho se tensaba.

La aceptación a la universidad llegó rápido. Devin fue admitido en ingeniería, en otra ciudad, mientras Allison entró a diseño de modas en una universidad cercana a casa. Celebraron, se abrazaron, y prometieron que la distancia no sería obstáculo. Y al principio no lo fue: llamadas largas por las noches, mensajes constantes, visitas los fines de semana. Pero en su cuarto universitario, comenzó a sentir algo que no sabía nombrar. Cada vez que Allison decía “me da tranquilidad saber que estás ahí”, él sentía una presión extraña. No era desamor. Era miedo: de no estar a la altura, de fallar, de convertirse en alguien que promete quedarse y no puede.

Apareció como un susurro persistente. Empezó a responder más tarde. A decir que estaba ocupado. A cancelar una visita por tareas acumuladas. Algunas veces era verdad. Otras, simplemente necesitaba espacio para no sentirse tan responsable de algo que temía no poder sostener. Cada cancelación le provocaba culpa. Pero también alivio. Un alivio inmediato que no entendía: si no estaba siempre, si Allison no dependía tanto de su presencia, tal vez cuando inevitablemente fallara, dolería menos.

Lo que no comprendía era que esa distancia lenta estaba reproduciendo exactamente la herida que tanto temía causar. Allison notó el cambio desde el principio. Las llamadas ya no duraban horas. Las risas se interrumpían con silencios. Las visitas se espaciaban cada vez más.

—Está adaptándose —le decía a Sofía cuando su amiga preguntaba. Pero por las noches miraba el teléfono con un peso en el pecho. El día de su cumpleaños él canceló esa misma mañana.

—Lo compensamos pronto, lo prometo.

Celebraron por videollamada. Allison sonrió frente a la cámara. Cuando terminaron, dejó el celular a un lado y se quedó mirando el techo. No lloró. Solo sintió una grieta pequeña que no supo cómo reparar. El amor seguía ahí y empezaba a doler.

Un día, casi sin planearlo, decidió no escribir primero. Abrió el chat, escribió “hola” y lo borró. Esperó. Las horas pasaron. Respondió hasta la noche como si nada fuera distinto. En ese instante Allison entendió que llevaba tiempo sosteniendo algo que ya no estaba equilibrado. No hubo pelea

ni traición, pero menos mensajes... planes, promesas incumplidas. Hasta que un día dejaron de intentarlo. Meses después, sentado afuera de una fiesta universitaria, Devin le confesó a un amigo:

—La amaba. Pero cada vez que sentía que dependía de mí, me asustaba. Pensé que si me alejaba poco a poco, la protegería de algo peor.

Se dio cuenta demasiado tarde de que el silencio también es abandono. Allison, por su parte, habló con Sofía una tarde tranquila.

—¿Por qué te quedaste tanto tiempo? —preguntó su amiga. Allison pensó antes de responder.

—Porque cuando estaba conmigo, veía a alguien que también estaba solo. Y quería que supiera que no tenía que estarlo.

Guardó silencio.

—Pero nadie puede salvar a alguien que no sabe cómo dejar de huir. Nadie puede salvar a alguien que no quiere ser salvado...

Ambos se quisieron. Pero él necesitaba sanar la herida que dejó una promesa rota antes de poder hacer nuevas. Y ella necesitaba entender que amar no significa esperar eternamente.

La foto de la graduación sigue guardada en una caja. En ella todavía parecen felices. Y tal vez lo eran. Solo que el amor, cuando no se enfrenta a los miedos que lo atraviesan, puede desvanecerse tan despacio que nadie escucha el momento exacto en que empieza a romperse. A veces el esperar hace que el tiempo se vuelva eterno. Y lo que nunca se dice, termina

rompiendo lo que más amas.

Huellas de hermandad

Renata Alí López Cámara

A lo largo de la vida tenemos vivencias que nos marcan profundamente. Existe un sentimiento que no sabemos cómo describir, que va surgiendo conforme vamos creciendo. De niña me enseñaron que el amor de hermanos es un lazo que te une para bien o para mal, que ahí va a estar, cuando eres la mayor no entiendes a qué se refieren, solo nos dicen: “él es quien va a estar cuando nosotros no estemos... deben aprender a comunicarse, a quererse y a respetarse”, y yo pensaba que solo eran palabras: él está en su mundo y yo en el mío, él no habla, solo nos peleamos, no salimos juntos... bueno, eso era en su etapa de adolescencia.

Llegué a pensar que ese sentimiento no existía, no veía a ningún hermano ser realmente cariñoso con sus hermanos o hermanas, cada uno viviendo a su manera y con comer o cenar juntos era más que suficiente para saber que todo está bien. Ahora que nuestras vidas dieron un giro inesperado me doy cuenta que me hace falta algo, que no estoy completa, mi cuarto se siente solo a pesar que cada uno tiene el suyo. No escucho su risa, su música, sus quejas, extraño ver su pereza.

Ahora entiendo que ese lazo que nos une se siente más fuerte, porque necesito al menos pelear con él, nunca pensé que sería valiente al irse a otra ciudad para lograr alcanzar sus metas, su sueño. Increíble que se haya ido a vivir solo, cuando aquí, en casa, tiene de todo, y ahí solo tiene sus ganas de superarse y aprender de nuevas experiencias.

De lo que estoy segura es que él también me extraña y

siente mi ausencia. Los hermanos somos elegidos por alguna razón, tal vez porque tenemos misiones por cumplir que nos hacen diferentes, pero únicos e inseparables. Ese sentimiento que te rodea conforme pasan los días se siente... no sé si más pesado, ligero o diferente, y a veces me pregunto: ¿nos estaremos perdiendo de aventuras, de conversaciones, anécdotas del día a día? Seguro que sí, pero él sabe que cuando me necesite, ahí estaré.

Esta parte de mi vida se llama amor verdadero; el más noble sentimiento hacia mi otro yo, convertido en mi otra versión. Creo que él es quien puede hacer lo que yo no me atrevo... o prefiero pensar que es quien está viviendo mi siguiente vida, y a pesar de no estar aquí junto a mí, puedo estar tranquila en decir “es mi hermanito”, con orgullo, y está bien, aunque lo extraño... nuestros pensamientos y sentimientos podrán ser diferentes, hermanito, pero nos comprenderemos.

El gol que solo existió en un sueño

Ángel Santiago Magaña Ix

Diego vivía en un pueblo donde el fútbol era una pasión. Soñaba con ser profesional y jugar en los estadios más grandes del mundo. No tenía cancha de pasto ni uniforme caro, pero entrenaba todos los días en la calle con sus amigos, usando piedras como porterías y una pelota vieja que había remendado muchas veces. Llegar a la selección nacional y hacer sentir orgullosa a su familia era su mayor deseo. Su mamá lo apoyaba y su papá le decía que, si se esforzaba, podría lograrlo. A veces, Diego dudaba.

Una tarde, después de un entrenamiento muy cansado, llegó a casa, cenó y se acostó pensando en su gran sueño. Mientras dormía, su mente comenzó a crear una historia increíble. Estaba en un estadio lleno de luces, cámaras, y miles de personas gritando. Tenía puesto el uniforme de la selección y llevaba el número 10 en la espalda. El entrenador se le acercó y le dijo:

—Hoy juegas la final del Mundial. Confío en ti.

Miró a las gradas y vio a su familia, a sus amigos, a mucha gente del pueblo y a su jugador favorito, quien le sonrió y le levantó el pulgar. Eso le dio mucha confianza. El partido comenzó y su equipo iba perdiendo dos goles a cero. Algunos compañeros dudaban de él porque era el más joven del equipo, pero Diego no se rindió.

En el segundo tiempo, recibió el balón a media cancha. Recordó todos los entrenamientos bajo el sol, las caídas y los esfuerzos que había hecho. Sin pensarlo, pateó con todas sus

fuerzas. El balón voló por el aire, pasó por encima del portero y entró. El estadio explotó de alegría y todos gritaban su nombre. Sus compañeros lo abrazaron y el partido quedó en empate.

En los últimos segundos del partido, el árbitro marcó un penalti a favor de su equipo. El entrenador le dio el balón a Diego y le dijo que debía cobrarlo. Respiró profundo, caminó hacia el punto penal. Pensó en su familia, en su pueblo y en todo lo que había soñado. Corrió, disparó... y el sonido del despertador llenó su cuarto. Por un momento pensó que todavía estaba en el estadio. Miró sus manos, buscó el uniforme, pero solo encontró su ropa sencilla y el balón a un lado de su cama. Lo había sentido tan real que todavía tenía el corazón acelerado. Ese sueño era una meta. Intentaría entrar al equipo juvenil del pueblo.

Los primeros entrenamientos fueron más intensos; los compañeros, más fuertes; y el entrenador, exigente. No bastaba con tener pasión; necesitaba disciplina, resistencia y técnica. Muchas veces terminaba cansado y con los músculos adoloridos, pero recordaba el estadio de su sueño.

Comenzó a destacar por su velocidad y potente disparo. Durante un partido importante del torneo local, Diego intentó recuperar un balón y cayó mal sobre su pierna. Sintió un dolor fuerte en el tobillo y no pudo levantarse. Fue un esguince severo. Dejó de jugar por varias semanas.

Uno de los momentos más difíciles de su vida fue quedarse en la banca. Ahí sintió miedo. Pensó que tal vez su sueño era demasiado grande para alguien como él. Escuchaba a algunos decir que quizá no volvería a ser el mismo jugador.

Pero su familia no lo dejó rendirse. Su mamá le dijo que las caídas también forman parte del camino. Su papá le recordó que los grandes jugadores no se hicieron famosos por no fallar, sino por levantarse después de cada caída. Así que, durante su recuperación, fortalecía la parte superior de su cuerpo, estudiaba jugadas, veía partidos y analizaba movimientos. Aprendió que el fútbol también se juega con la mente.

La rehabilitación fue lenta y dolorosa. Hubo días en los que quería abandonar, cuando el tobillo todavía le molestaba y sentía miedo de volver a lesionarse. Cada vez que dudaba, venía aquel penalti en su sueño, ese momento en el que estaba a punto de cumplirlo todo.

De regreso a la cancha, jugó con cuidado, y recuperó la confianza. En un partido decisivo, recibió el balón fuera del área. Por un segundo, todo pareció detenerse, igual que en su sueño. Respiró profundo y disparó. El balón entró a la portería. No era la final del Mundial, no había miles de personas en las gradas, pero ese gol significó que había vencido sus miedos.

Esa noche, comprendió que su camino apenas comenzaba. Ya no era solo el niño que soñaba dormido con estadios gigantes; ahora era un joven dispuesto a trabajar todos los días para convertirlo en realidad. Su rutina cambió: se levantaba más temprano para correr antes de ir a la escuela. Por las tardes entrenaba con su equipo y por las noches practicaba tiros al arco hasta que el sol desaparecía. Mientras otros descansaban, él repetía jugadas, mejoraba su resistencia y fortalecía su mente. Entendió que el talento ayuda, pero el esfuerzo constante es lo que marca la diferencia.

El entrenador del equipo juvenil comenzó a notar su disciplina. Llegaba primero y se iba al final. Animaba a sus compañeros, incluso cuando el marcador estaba en contra. Ya no jugaba solo por él, jugaba por su equipo y por todo lo que representaba su sueño.

Un día, después de un partido importante donde Diego anotó dos goles y dio una asistencia, el entrenador lo llamó aparte.

—Hay visores... vendrán la próxima semana —le confió serio—. Si juegas como lo has hecho, podrías tener una oportunidad.

Sintió nervios, pero también una emoción que recorrió todo su cuerpo. Esa semana entrenó más concentrado que nunca. Recordó su lesión, sus dudas y todo lo que había superado. Sabía que esa oportunidad era el resultado de cada caída y cada esfuerzo.

El día del partido, en efecto, había personas tomando notas y observando cada movimiento. Diego respiró profundo, como aquella vez antes del penalti. Esta vez no estaba dormido. Esta vez era real. Jugó con el corazón. Corrió cada balón como si fuera el último. Defendió, atacó y motivó a su equipo. En el segundo tiempo, recibió un pase largo, controló el balón y definió con precisión al ángulo. ¡Gol! El partido terminó y uno de los visores se acercó al entrenador. Diego esperaba a lo lejos, intentando no ilusionarse demasiado. Finalmente, fue llamado.

—Prepárate —le dijo con una sonrisa—. Has sido seleccionado para las pruebas de la Sub-15 de la selección nacional.

Diego no podía creerlo. Sintió que el mundo se detenía por un momento. Solo que esta vez no despertó. Las pruebas fueron exigentes. Jugadores de diferentes estados demostraban su talento. El nivel era alto y la competencia fuerte, pero no olvidó quién era ni de dónde venía. Recordó las calles de su pueblo, las piedras como porterías, la pelota remendada y las palabras de sus padres.

Días después, recibió la noticia oficial: formaba parte de la Sub-15 de la selección nacional. Cuando llegó a su casa con la carta en la mano, su familia estaba reunida. Con voz temblorosa, les dio la noticia. Sus padres lo felicitaron.

—Sabíamos que lo lograrías, hijo.

No había llegado solo. Cada sacrificio, palabra de apoyo y consejo habían sido parte del camino. Aquel sueño que una vez terminó con un despertar inesperado ahora comenzaba a tomar forma en la realidad. Esa noche, antes de dormir, volvió a pensar en el estadio lleno y en el penalti que nunca llegó a cobrar en su sueño. Sonrió. Aquel gol solo existió en un sueño... pero el esfuerzo, la superación y el orgullo de su familia eran completamente reales. Y esta vez, cuando cerró los ojos, no soñó con el futuro: lo estaba empezando a vivir.

Días después, se presentó al primer campamento. Cuando llegó al centro de entrenamiento y vio su nombre en el uniforme, sintió un orgullo que no podía explicar. Era el símbolo de todo lo que había luchado. Y sí, los entrenamientos eran más exigentes que cualquier cosa que él hubiera vivido. La intensidad, velocidad y presión eran mayores. Hubo días en los que terminó con los músculos ardientes y la mente cansada. Pero cada vez que sentía que no podía más, recordaba

las calles de su pueblo y aquella noche en la que despertó antes de patear el penalti más importante de su vida... un penalti que solo existió en un sueño.

Poco a poco, comenzó a ganarse el respeto de sus compañeros. No era el más alto ni el más fuerte, pero sí uno de los más constantes. Escuchaba, aprendía y trabajaba en silencio. Los entrenadores valoraban su disciplina y su capacidad de no rendirse. Un mes después, llegó su debut oficial con la selección. Cuando escuchó su nombre en la alineación titular, su corazón comenzó a latir con fuerza. Mientras caminaba hacia la cancha con el uniforme nacional puesto, miró las gradas y pensó en su familia. Sabía que desde casa estarían viendo el partido con nervios y orgullo.

El silbatazo inicial marcó el comienzo. Tocó su primer balón con calma, intentando controlar la emoción. En el segundo tiempo, tuvo una oportunidad clara frente al arco. Por un instante, todo pareció igual que en su sueño: el estadio, el silencio, la presión. Pero esta vez no estaba dormido. Disparó. El balón cruzó la línea y entró al fondo de la red. No era la final del Mundial, pero significaba algo igual de grande. Sus compañeros corrieron a abrazarlo. Él levantó la mirada al cielo y sonrió.

Al terminar el partido, tomó su teléfono y llamó a casa. Su mamá lloraba de felicidad. Su papá, con la voz firme pero emocionada, le dijo:

—Estamos orgullosos de ti.

El verdadero triunfo no era solo vestir la camiseta de la selección nacional, sino haber demostrado que los sueños, cuando se acompañan de esfuerzo y perseverancia, pueden

convertirse en realidad.

Aquel gol que solo existió en un sueño fue el comienzo. La lesión, el dolor y el sacrificio fueron parte del camino. Pero el debut con la selección nacional... eso sí fue real. Y mientras caminaba de regreso al vestidor, con el corazón lleno y la mente tranquila, comprendió que el sueño apenas estaba empezando.

Un amor sabor vainilla

Sofía Janeth Mena Tax

El día que Miriam me llamó dudé en ir a su casa. Sabía que podría encontrarme con Hugo; sin embargo, mi mejor amiga me dijo que su hermano había viajado por sus prácticas de medicina y no regresaría hasta el lunes al mediodía. Al ser viernes, fue fácil que mis padres me dieran permiso para pasar la noche con ella.

Estando en su habitación, platicamos sobre las lecturas que habíamos hecho en conjunto. Por cierto, yo ya tenía una semana de haber terminado el libro, pero no quería arruinarle el final. Por eso ahora no me sorprende que me haga drama por haber llorado al terminarlo.

—Oye, Lina —dijo nerviosa—, sé que no te gusta hablar de eso, pero ¿por qué no vienes a casa más seguido? Mi madre pregunta por ti y ya no tengo más excusas para salvarte.

Me quedé sorprendida y triste a la vez. Es verdad que a su mamá le gusta que yo venga; dice que solo así sus hijos se llevan bien.

—Lo siento... sabes que no es fácil venir y hacer como que nada pasó. Aún me duele ver a tu hermano y ser yo la única a la que le afectó lo sucedido.

—Lo sé, perdón por mi ignorancia. Mejor cuéntame cómo te va en la escuela o, mejor aún, dime: ¿ya has conocido a alguien?

Aquella pregunta me dejó en shock. No quería arruinarle el momento de curiosidad, pero tampoco logré

mantener en ella la mirada.

—No, ahora solo quiero recuperar mi desempeño académico. Es mi única prioridad.

—Pero quiero ser la primera en saber si algo interesante te pasa, porfa —me dijo haciendo pucheros.

Amaba las noches de pijamada en su casa. Y nos la pasábamos de maravilla, riéndonos a todo pulmón, planeando la siguiente, cuando la puerta de la habitación se abrió de golpe.

—Miriam, ya es tarde, ¿no piensas dormir? —La voz retumbó en la habitación, en mí. Hugo me miró detenidamente mientras yo jugueteaba con mi collar sin darme cuenta. Su hermana rompió con su campo de visión cuando le gritó que se fuera y cerrara la puerta, pero él hizo caso omiso.

Mi amiga no sabía qué decirme, por tanto arrepentimiento. Salí dejando atrás los gritos de discusión. No quería verlo ahora, no cuando pensaba que estaba mejor.

Miriam me escribió para saber si había llegado a casa, pero no respondí. No quería hablar con nadie. Mi cabeza daba vueltas, igualmente estaba arrepentida de haber ido. Me tendí en la cama con mi mente sobrepensando y recordé las risas, los murmullos en los pasillos. Yo sabía que me había humillado por su atención y cariño, pero no entendía el motivo de sus burlas hasta que lo vi ahí, sentado al lado de Nadia, muy cercanos.

Tomé mi teléfono para responderle a Miriam, pero un mensaje nuevo iluminó la pantalla: "Me dio gusto verte hoy." Había bloqueado su contacto en todas mis redes, pero siempre buscaba la forma de encontrarme. Eliminé el chat.

La noche siguiente, salí a despejar mis pensamientos. Caminé y, de regreso a casa, me topé con el responsable de mi caos mental. Intenté caminar más rápido, sin mirarlo. Me tomó del brazo.

—Lina, déjame hablar contigo, por favor —su tono era triste—. Solo te pido un momento.

—¿Para qué, Hugo? ¿No crees que ya es momento de que me dejes en paz? —mi voz salió casi entrecortada.

—Te prometo que después de escucharme, si no te parece lo que diré, no volveré a molestarte más.

—Está bien, te escucho.

Me dirigió hacia las bancas que se encontraban cerca del parque.

—Bien... Perdóname, no sé qué pasó, perdóname, de verdad, me arrepiento de todo lo que dije. No supe cómo hacerte sentir querida, valorada. No sabía cómo reaccionar a tanta atención y cariño. Sé que no es excusa para lo que hice, pero por favor, perdóname—. Su mirada buscaba mis ojos, así que hablé.

—Tienes razón, mi error fue haberte dado mucha atención, darte mi corazón sin ningún cuidado —le dije, mirándolo a los ojos—. No puedo perdonarte, Hugo. Si te perdonara, estaría aceptando cada una de tus acciones.

—Lina... —tomó mis manos.

—No, Hugo, por favor. Si en algún momento sentiste algo de cariño por mí, no me busques más. Quédate con Nadia, porque, así como le dijiste ese día, solo a ella le ha pertenecido tu corazón. Y claro, yo nunca he visto tu verdadera forma de amar. Nunca merecí más que lo mínimo que hacías por mí, a

comparación de ella, a quien dabas todo por su mínima atención.

—No tengo palabras para pedirte perdón. Es verdad, no supe cómo olvidarme de ella, pero no te usé, jamás lo haría. Fuiste más que mi mejor amiga.

—No, Hugo, no fui solo eso. Fui tu burla y tu juguete.

—En serio lo siento.

—Me voy, esta plática no tiene sentido.

—Bueno, Hugo, ¿en serio eres tan imbécil? ¿No te das cuenta de que por primera vez alguien te veía con amor?

—Tu hermana tiene razón. Si no fuéramos amigos, realmente te habría golpeado por lo que le hiciste a Lina—. Mickel me miraba decepcionado.

—Perdónenme ustedes también, pero no sé cómo arreglarlo. Nunca recibí cariño de nadie antes. Mi madre siempre estaba ocupada, papá trabajaba todo el día y, desde que mi hermano se fue, no tengo con quién hablar.

—Suenas como si te quisieras justificar—. La voz de Miriam parecía irritada.

—No es así, lo que menos quiero es eso. No sabes cómo me sentía. Ella siempre fue mi mejor amiga, y eso no quería perderlo. No quería lastimarla ni puedo quererla como se merece cuando ni siquiera me quiero a mí. ¿Cómo le demuestro a Lina que la quiero, ¿eh?

Los dos se quedaron en silencio, solo mirándome llorar, viendo cómo aquel chico fuerte que conocían había desaparecido completamente, como si ya no fuera el mismo. Mi hermana habló:

—Hugo —me tomó de las manos y me miró a los ojos—, no sé cómo te sientes. Nunca te acercaste a mí para nada. Yo no te pude ayudar porque siempre quieres hacer las cosas solo.

—¿Y tú sabes por qué? Porque nunca sentí el cariño de nadie. Cuando Nadia me dejó, siempre creí que yo había sido el problema, que por demostrar amor me volvía más débil. Mi mamá nunca quiso escuchar nada del tema y tú, mi hermana, eras solo una niña caprichosa.

Sentía que el escudo que había construido durante toda mi vida se destruía. Ya no era tan fuerte como quería. Era un total desastre. Sabía que no podía con la culpa de que ella sufriera por mí. No quería ser el responsable de destruir también su vida.

—Solo les pido un favor —las lágrimas inundaron mis ojos de nuevo—. Si mi charla con Lina no funciona y se pone mal, apóyenla. Será la última vez que la busque. Después de eso me iré a vivir al lugar donde imparto mis prácticas.

—Amigo, estás loco... ¡No puedes solo irte, sin luchar por Lina!

—Sí puedo. La dejaré sanar, sanaré yo, y cuando regrese no quiero ver que siga siendo la razón por la que sus ojos perdieron su brillo. Miriam, sé que ella tiene un sueño: publicar un libro. Pero piensa que nunca lo logrará. Anímalala a hacerlo y quédate con ella todo el tiempo. Sé su fuerza.

—Está bien, pero ella no habló contigo de eso. Quiero decir, nunca le prestaste atención.

—La escuché más de lo que debía. Sé sus sueños y sus miedos. Por eso nunca la dejes sola y cuídala de ella misma.

Habían pasado dos semanas cuando me enteré de que se había ido a vivir a otro lugar. Mis amigos nunca me dejaron, Miriam buscaba la manera de venir a casa. Le había contado que quería publicar los poemas que había escrito para su hermano, sobre todo aquellos que redacté para darme fuerza. Había uno en especial al que quería ponerle dedicatoria: “Para ti, para la persona que escribe para no olvidar y la que lee para recordar, para aquellos que en letras de otros buscan el nombre de la persona que quieren con anhelo.”

—Amiga, es hermoso. ¿Cuándo sacarás el libro?— exclamó, Miriam, más emocionada que yo.

—Tranquila, ya casi estoy terminando de poner en orden aquellos poemas que quiero incluir.

—Quiero que pongas este: “Cuando miro tus ojos veo el mundo de otro color, uno donde no existe el temor de mostrarme tal cual soy.” Es mi favorito. No, espera, este: “Me pregunto por qué al escribir siempre pienso en ti.”

—Los tomaré en cuenta —dije con tono gracioso—, pero todos son tus favoritos, así que me dejas la tarea difícil.

—No es culpa mía que mi amiga sea una gran escritora... aparte de tener un hermano guapo —hizo una cara de amor.

—Miriam, deja a mi hermano en paz —le respondí entre risas.

El día de la presentación de *Un amor sabor vainilla*, mis amigos estaban orgullosos. Por mi parte, no pude evitar mencionar a la prensa qué me había inspirado. Les conté del mejor amigo con el que caminaba por los pasillos del colegio,

tomada de su mano, o las veces que salíamos a ver las estrellas, cada uno de sus defectos me atraía... pasaba las tardes en casa tocando guitarra y cantando, diciendo que me ofrecía un concierto privado. ¿De verdad me enamoraba de él o solo era mi primera vez viviendo esas cosas?

En realidad, disfrutaba estar a su lado. Mis días eran menos caóticos; su encanto natural y su sonrisa tierna me pertenecían y me hacían feliz. Inundada en mis memorias, una voz me sacó del trance...

Nadie notó cuándo comenzó a hablar la voz

Romel Bernardo Mex Torres

No venía de un cuerpo ni de un lugar específico. Era suave, cansada, como si cargara recuerdos demasiado pesados para el silencio. Quien escuchara con atención podría entender que esa voz pertenecía a alguien que ya no estaba vivo, alguien que había perdido todo, menos su historia...

Simón había sido un adolescente callado, un poco fuera de lugar, con muchas ganas de conocer mundo, de sentir que pertenecía a algún sitio. Su padre había conseguido un trabajo muy bien pagado como cocinero, en un restaurante frente al mar. El sonido de las olas, el olor a sal y la luz del sol reflejada en el agua le parecieron un nuevo comienzo.

Días después, al inscribirse en su nuevo colegio, Simón reconoció a la chica de la playa que había visto pasar tranquilamente por la orilla, como si no tocara la arena. Pensó muchas veces en acercarse, hasta que...

—Hola.

Ella se detuvo y lo miró con curiosidad.

—Hola, ¿necesitas algo?

—No, nada en especial... yo... soy nuevo aquí, y quería conocer gente, ya te había visto el otro día en la playa, pero...

Ella sonrió con amabilidad.

—Yo soy Stela.

Desde ese momento comenzó la amistad. Luego, Simón dejó de sentirse solo y Stela se convirtió en su lugar seguro. Era un amor joven, torpe, sincero. Se tomaban de las manos, se prometían estar juntos siempre y soñaban con el futuro.

Caminaban por calles cercanas a la playa, hablando de cosas pequeñas que en ese momento parecían importantes. En medio de la charla, Stela se molestó por una palabra mal dicha, un malentendido. Alzó la voz antes de que él pudiera explicarse, y salió corriendo hacia un callejón, sintiéndose herida.

—¡Stela, espera! gritó él, siguiéndola entre el gentío. De pronto, el aire se rompió con un grito. Simón sintió que el corazón se le detenía. Corrió más a prisa y al entrar al callejón, la vio en el suelo, inmóvil, con los ojos abiertos. La tomó en sus brazos.

—No, por favor... ¡nooooo...!

En su desesperación, pudo notar que no respiraba, y comenzó a sacudirla con fuerza. Notó que estaba muerta y maldijo muchas veces con los ojos cerrados, sin soltar el cuerpo. Comenzaron a llegar los curiosos, los gritos, las miradas, los murmullos. Vieron a Simón todavía inclinado, sosteniéndola, reclamando algo. La violencia que recibía el cuerpo era cada vez más fuerte, y lo señalaron.

—¡Fue él!

—¡Él la mató!

—¡Déjala, mentecato!

—¡No dejen que escapeeee!

La policía llegó rápido. No le preguntaron nada. Lo esposaron y se lo llevaron. Los padres de Simón no entendían. Los de Stela lloraban y lo acusaban de asesinato. En el juicio, Simón contó una y otra vez lo que había ocurrido, pero la versión de los testigos fue otra: la acosaba, porque le decía “déjame”, discutían, ella le había reclamado algo y corrió

asustada, vimos que la acosaba, la perseguía como loco, y la estaba maltratando, aun cuando ya la había matado”. El juez decidió que no solo era culpable, sino que también su comportamiento y sus respuestas eran confusas, inestables. Debía ir a un hospital psiquiátrico.

Largos y oscuros días de terapias. Las descargas eléctricas confundían, borraban recuerdos, mezclaban la realidad con los sueños. Tal vez sí fui yo, murmuraba algunas noches: tal vez lo merezco. Deliraba hablando con ella, pidiéndole perdón por algo que no entendía. Su mente estaba rota, cansada, perdida.

Cuando su corazón dejó de latir, el alma se levantó, liviana, libre del peso enorme. Miró su cuerpo desde arriba y sintió paz. ¿Dónde estás, Stela? Comenzó a buscarla entre luces suaves, sin dolor, después de tanto tiempo. Ella estaba tan hermosa como siempre, sonriendo. Se abrazaron con una felicidad que no existía en el mundo de los vivos. Todo el sufrimiento parecía haber valido la pena solo por ese momento. Viajaron como almas, recorriendo lugares que Simón solo había soñado. No había tristeza ni miedo ni acusaciones. Sintieron paz. Hasta que Stela tomó una decisión.

—Quiero volver a vivir —dijo con voz tranquila—, sentir el mundo otra vez.

—Olvidarás todo.

—Lo sé.

Él sonrió con tristeza, pero también con amor.

—No importa. Te encontraré otra vez. En esta vida... o en la que venga.

Antes de que Stela partiera, lo besó en la frente y

desapareció entre la luz. Simón se quedó solo por un momento. Entonces, antes de irse del plano espiritual, dejó sus recuerdos flotando en el aire, como una historia que el viento pudiera contar.

La flor de sangre y la zarza de oro

Vianey Adalí Quijano Uc

Cuenta la gente que el amor aprende a caminar en silencio cuando todo va mal. Así comenzó esta historia; con una promesa, con un silencio. Desde las torres del castillo, ella observaba el mundo como algo frágil y moldeable. Su nombre era pronunciado con reverencia, pero rara vez con verdad. A la princesa le enseñaron a sonreír incluso cuando el corazón se le astillaba, a amar a los suyos más que a sí misma, y a cargar con expectativas que no había elegido.

Durante años, el pueblo repitió que el Imperio perdió a su princesa porque no supo escucharla. Cuando alcanzó la edad para gobernar, la llamaron su “elegida”. Hubo festejos y flores, aunque las dudas ya estaban sembradas. Nada parecía fuera de lugar, salvo una inquietud persistente. Según el mundo, la princesa había sido amable, confundiendo piedad con debilidad. Decían que habló cuando debía callar. Poco después apareció la enfermedad. No trajo muerte inmediata, pero sí desconfianza. El pueblo comenzó a cuestionar órdenes, a mirar a los suyos con recelo, a dudar. Y como suele ocurrir, alguien debía ser señalado.

Los rumores afirmaban que la princesa había confiado en quien no debía o permitió que un guardia (o un duque, según quién lo cuente) se mantuviera demasiado cerca. Se dice que su silencio fue interpretado como culpa. Sin embargo, él no traía ambición ni intrigas; traía calma y un corazón dispuesto a dar todo por ella.

El príncipe comenzó a convencerse de que aquel

vínculo debilitaba el trono. Algo le susurraba que el orden dependía de eliminar distracciones y que amar era exponerse. Permitir aquella cercanía era perder autoridad. Separarlos fue, en su mente, un acto necesario; aunque los jóvenes amantes siempre se buscaron entre las sombras, seguros de lo que sentían por el otro; hasta que la intrigas fueron plantadas... Tomó el mando cuando el caos empezó a cubrir el imperio. Dicen que actuó por amor, endureciendo su puño para salvar lo que quedaba. El reino lo respaldó. La paz parecía depender de su firmeza, y nadie quiso detenerse a pensar si aquello era realmente paz. “Prefiero que me odien a perder lo poco que me queda”, pensó, y no hablaba solo del reino, hablaba de ella... Aunque proteger dejó de significar cuidar: se convirtió en decidir por ella. La princesa dejó de mirarlo. Sintió traición por parte de su propia sangre.

—Si alguien debe cargar con la culpa, que sea yo — declaró ella ante el mundo entero, sellando su destino. Quien se ofrece al castigo rara vez es considerado inocente.

Cuando la capitana del propio imperio se alzó contra la realeza, hablando de justicia y orden, el pueblo la siguió sin dudar, aunque ya ni ellos sabían qué era la estabilidad. La rebelión fue celebrada como un acto heroico. La victoria, sangrienta, pero satisfactoria. La familia real fue capturada bajo acusaciones atroces. No hubo juicio. No fue necesario. La sentencia de muerte se fijó para una semana después. Poco se sabe de su final... que no opuso resistencia y admitió sus errores. El día de su ejecución, el castillo guardó silencio. La iglesia cantó alabanzas al amor que creyó suyo, y una doncella del pueblo aguardaba al caballero que ahora estaba a su

alcance.

Según la leyenda, la princesa escapó de los calabozos por orgullo, negándose a aceptar su castigo. Se dice que huyó a la iglesia para confesar pecados que por fin reconocía, deseando morir sola, abandonada incluso por su fe; o que tal vez ella estaba celosa, pese a que no tenía la menor idea de que su amado se casaba. Lo que fuera, todos coinciden en algo. Esa tarde hubo un accidente, una magia desbordada que atentaba contra la vida del guardia. Salvarle la vida se volvió su prioridad. Ella se interpuso entre el golpe y quién amó.

—Yo te perdono, aunque sé que tú no lo harás jamás...
—Fue lo último que dijo. Todo el mundo desconoce para quién estaba dirigida esa oración. Los testigos repitieron lo que no les constaba y hasta ahí llega el cuento, la versión conveniente. Desde entonces, la historia se cuenta como advertencia de que el amor debilita, que la duda traiciona y que el orden exige sacrificios. Se cree que su bondad abrió la puerta a la enfermedad, y que su cercanía confundió la lealtad. Pero hay detalles que no encajan, como una herida que nunca fue visible; testimonios que cambiaron con los años; un guardia que sobrevivió, pero jamás habló; un príncipe que no volvió a dormir en paz; y una enfermedad que no desapareció tras su muerte.

Tal vez la princesa murió como dicen, tal vez murió para que otros no lo hicieran. Nadie lo sabe o nadie quiso aclararlo. Tras su caída, aseguran, la paz regresó al reino como si nada hubiera ocurrido. El mal había sido erradicado, los villanos habían caído y todos vivieron felices para siempre. Al menos eso es lo que se suele decir, porque esta historia cambia

cada vez que se cuenta.

Las crónicas hablan de una princesa que perdió lo que valía para ella; desde su trono y su nombre, hasta la versión de sí misma; pero también hablan de alguien que, incluso al final, no perdió la valentía. No existen finales buenos o malos en el mundo real, solo desenlaces; y este fue el de una era que necesitó mentir para seguir adelante. Aún recuerdo aquella historia, aún puedo sentir la presencia de ese viejo imperio en manos de quien hoy llaman “La flor de sangre”. Aunque hubo quienes, en voz baja, la llamaron de otra forma; pero ese nombre... ya casi nadie lo recuerda.

Cuentan que en aquel imperio no nació una sola tragedia, sino dos. Bajo el mismo cielo que vio florecer a la princesa, creció algo más... una sombra que no pedía luz, sino propósito. Si ella fue llamada flor, él jamás fue príncipe. El pueblo terminó considerándolo una zarza. Antes de que el mundo lo llamara monstruo, fue un niño; uno que amaba a su hermana con devoción. La protegía de la ira de su padre, abrazándola mientras pasaba la tormenta. Jamás olvidó el miedo que sentía incluso al caminar por el castillo. Esa es la razón por la que el príncipe lo recordaba mucho mejor que ella, a pesar de ser más joven.

Decían que el rey había cambiado: sus decisiones se volvieron cada vez más erráticas; su mirada, más oscura con los meses, y afirman que empezó a hablar solo en los pasillos. Él, un niño inocente, había visto cómo el poder se infiltraba en la sangre y cómo la voluntad podía torcerse...

Una tarde, cuando aún eran niños y todo ya había

pasado; jugaban entre los jardines del palacio. El príncipe, con una urgencia que no se explicaba, le hizo una promesa...

—Si algo vuelve a intentar hacerte daño; que sea yo el que lo reciba en tu lugar.

Ella rio, creyendo que exageraba. Él no, porque creía que su lugar no estaba delante de ella, sino un paso atrás, protegiéndola incluso con su vida de ser necesario. No sabía entonces que las promesas infantiles a veces son escuchadas por fuerzas que no olvidan y que se burlan con ironía de sus palabras.

La princesa se convirtió en la luz de aquel jardín; él se volvió la sombra que la acompañó siempre. El pueblo temía el retorno de aquel mal que golpeó en palacio; pero sólo vigilaban a la flor y nunca al tallo que la sostenía. Y con el paso de los años se volvió más notoria esta diferencia.

Cuando la enfermedad de su hermana se manifestó, todos corrieron a salvarla. El jardín entero contuvo la respiración por ella; a él nadie le preguntó cómo estaba. Porque a la par que todos buscaban salvar la flor, la zarza se cubría de espinos para defenderse de las “amenazas”. El príncipe entendió que algo en su interior era distinto. No era más oscuro, pero sí más difícil de contener. En su cuerpo existía una presión constante, una voz que susurraba que el control era la única forma de evitar el desastre. Él quería evitar el desastre, aunque eso significara aislar lo poco que poseía.

El guardia apareció entonces como una amenaza. La princesa sonreía distinto cuando él estaba cerca; y el príncipe se aferró a la idea de que, si ella encontraba en otro lo que

siempre había encontrado en él, ¿qué quedaría de su propósito? Una noche, mirando la ciudad desde el balcón, murmuró para sí:

—No puedo perderte por algo tan trivial... Prefiero que me odien a perder lo poco que me queda.

Hablaba del amor. Cuando él ascendió al trono, el reino respiró. Tomó decisiones firmes, cerró puertas que antes permanecían abiertas e impuso orden donde había caos. El príncipe juraba que hacía todo por proteger al pueblo, aunque todavía se cuestiona si lo dijo por el Imperio o por su hermana. Durante un tiempo, la paz pareció real; pero cuando comenzaron los murmullos no hubo quien los detuviera. El pueblo dijo que los separó por celos, que actuó por orgullo y que no soportó quedar en segundo plano. Él jamás lo explicó. Porque, en su mente, proteger era lo mismo que controlar.

La rebelión llegó como la tormenta que nadie quiso prever. Ambos fueron capturados. Se cuenta que él la entregó para salvarse; intentó negociar su libertad y la traicionó antes de que lo traicionaran. Nunca se supo la verdad. Lo único cierto es que escapó y entonces nació la bestia. La última vez que lo vieron con claridad fue en la iglesia. El guardia estaba allí, la princesa también. Dicen que la magia ardía en sus manos y su mirada ya no parecía humana.

—¿No sabes lo que hago para mantenerla viva! — aseguran que gritó. Algunos juran que iba a matar al guardia; otros que quería apartarlo una vez más. Nadie pudo oír lo que dijo realmente; solo vieron el destello, el movimiento y el cuerpo de la flor interponiéndose. Cuando ella cayó, algo en al “zarza” cambió, fue vacío lo único que quedó. Después de todo

aquello, cedió la corona que le pertenecía a cambio de su vida.

—El reino necesita a alguien que les de la estabilidad que yo no puedo—declaró. El guardia fue proclamado rey con la esperanza de un nuevo inicio lejos de la “sangre marcada”. Del príncipe se dijo que murió salvando a sus sobrinos en un último acto de redención; otros susurraron que intentó apartarlos del camino antes de desaparecer. Algunos creen que la muerte fue el castigo y unos más que fue la única misericordia que le quedó.

Lo único indiscutible es que amó con ferocidad. Quiso ser fuerte, incluso si eso implicaba volverse espina. Creyó que rodearla e impedir que el mundo la tocara era la única forma de salvarla; pero las zarzas, cuando crecen demasiado cerca de una flor, también la hieren. A ella la llamaron “flor de sangre” y a él... “La zarza de hierro”. Esta es una leyenda rota, contada a medias y que cambia según quién la cuenta. Y esta, como la anterior, todavía tiene más versiones que recorren los escombros de lo que hoy llaman el “jardín de lo prohibido”.

Aunque sea una vez, sin romperme

Valeria Alejandra Santiago Yam

Ella no entró a esa relación pensando que iba a perderse. Entró creyendo en el amor. Al principio todo era luz, mensajes que llegaban antes de dormir, palabras bonitas que parecían sinceras, promesas que sonaban a futuro. Él la miraba como si fuera suficiente, y por primera vez ella se sintió elegida. Ese fue el inicio de los tres años más confusos de su vida.

Los primeros meses fueron suaves. Después... empezaron los cambios: pequeños comentarios que dolían “sin intención”, peleas por cosas que no tenían sentido, silencios que castigaban más que los gritos. Ella intentaba entender. Pensaba que era normal, que todas las relaciones tenían problemas. Se culpaba. Se decía que si amaba más, si hablaba menos, si aguantaba un poco... todo volvería a ser como antes.

Pero él ya estaba mostrando su verdadera naturaleza. Las discusiones se volvieron constantes. Él invalidaba sus sentimientos, minimizaba su dolor, volteaba las cosas hasta hacerla sentir culpable. Poco a poco, ella dejó de reconocerse. Caminaba con cuidado, hablaba con miedo, amaba con culpa. Y aun así, se quedó. Porque el amor es ciego. Y porque a veces amar es lo único que sabes hacer. Él le hizo demasiado daño. Más del que ella podía explicar con palabras.

En medio de todo eso, apareció su amigo. Siempre estaba ahí cuando ella lloraba y le decía que merecía algo mejor, que no estaba loca. Ella se aferró a esa amistad como a un salvavidas. Pensó que, al menos ahí, estaba a salvo.

Pero no lo estuvo. Ese amigo no fue la ayuda que ella necesitaba. A veces defendía lo indefendible. Otras veces confundía apoyo con cercanía. Y un día, cruzó un límite que no debía cruzar. Ella estaba tan lastimada que no supo cómo reaccionar. No buscaba atención ni reemplazos: solo deseaba no sentirse tan rota.

Llegó a sentir algo por él, y eso la llenó de culpa. Sabía que no podía ser. No era el momento. No era sano. No era justo. Había razones demasiado claras para no cruzar esa línea. Pero el daño ya estaba hecho. Cuando él hizo cosas que no debía, esa amistad se rompió, no con palabras duras, sino con decepción profunda. Perdió a su amigo justo cuando más lo necesitaba.

Después de eso, ella terminó la relación que tanto la había destruido. Y se quedó sola. No sola de gente, sino sola por dentro. Intentó conocer a otras personas pensando que tal vez así sanaría. Pero nadie la trataba bien. Algunos parecían atentos al inicio y luego se volvían fríos. Otros mostraban actitudes que la hacían revivir todo lo que había sufrido. Cada intento era una herida nueva.

Cada persona nueva era un espejo de lo que ella no quería. Mientras tanto, su amigo se alejaba, demostrando quién era realmente. Eso terminó de romper lo poco que quedaba de una amistad que alguna vez fue bonita.

Ella empezó a creer que el amor no era para ella. Hizo planes para estar sola. Para protegerse. Para no volver a esperar nada de nadie. Aprendió a vivir con el miedo, con la desconfianza, con el recuerdo constante de lo que fue. Y entonces... llegó alguien.

Sin ruido, con calma. No llegó prometiendo cosas imposibles. Esa persona arruinó todos sus planes. Cambió su perspectiva sin pedir permiso. Le mostró que el amor no debía doler, que no tenía que tener miedo de hablar, que no tenía que pedir permiso para sentirse auténtica.

Y eso la aterrorizó. Y por ratos la aburría. La gente que la trataba bien nunca le había parecido interesante. Era tan fácil confiar sin el riesgo de perder. Todo su pasado la empujaba a huir, o a fastidiarse, a creer que podría tratarlo como un amigo. Pero algo dentro de ella esta vez le pedía quedarse, cambiar sus actitudes, sus reacciones... estaba cansada de sobrevivir.

Nada de promesas eternas o cuentos perfectos. Solo quería intentarlo, aunque al principio se sintiera tan extraña con el buen trato. ¿O acaso en el fondo estaba esperando que el amor doliera y el futuro por fuerza tuviese que ser incierto? Después de todo lo vivido, comprendió que merecía al menos una oportunidad de relacionarse sin manipulación, grandes pretensiones o dramas. “Aunque sea una vez sin romperme” se dijo, y se dio permiso para ser ella.

El último movimiento

Gelitzly Irene Tabasco Espinosa

Dicen que la paz interior no siempre se encuentra a la primera mirada. A veces se esconde entre errores, silencios prolongados y decisiones que pesan más de lo que uno está dispuesto a aceptar. Aun así, vale la pena buscarla con todo el esfuerzo posible, porque quien se atreve a hacerlo descubre una verdad incómoda: la tranquilidad no llega sola, se construye paso a paso, con paciencia, con valentía y, en ocasiones, con sacrificios que nadie más ve.

Eso es algo que solo se aprende después de vivir demasiado tiempo con la duda, cuando la mente no descansa y la pregunta se repite sin tregua. Pensar se vuelve una carga, una condena silenciosa, y entonces la línea entre lo correcto y lo necesario comienza a desdibujarse, hasta que ya no importa cuál sea la verdad, sino con cuál se puede vivir.

Puerto Ceniza era una ciudad así. No violenta, sino silenciosa y ese era el problema. Aquí no pasa nada —decían—. Nunca pasa nada. Los crímenes no gritaban ni dejaban escenas caóticas o rastros evidentes. Simplemente ocurrían. Robos precisos. Asesinatos limpios. Ninguna pista. Ningún error. Como si la ciudad misma hubiera aprendido a guardar secretos.

El detective principal a cargo de todos los casos era Álex. No imponía respeto con poder, sino por calma. Inteligente, sereno, con una mente analítica que parecía adelantarse a los hechos. Los policías decían que tenía “olfato”.

—Es intuición —aclaraba—, nada más—. Una

intuición inquietante que lo llevaba a ver conexiones donde otros solo encontraban vacío. Y cuando Álex no hallaba respuestas, todos asumían que no existían. Lo curioso era que casi nunca buscaba demasiado. Llegaba primero a las conclusiones, primero a las escenas, primero a las certezas, como si no necesitara recorrer el camino completo para saber a dónde lo llevaba.

—¿No te parece raro? —susurró una vez Josh, el segundo detective, mientras observaban una escena vacía—. Ni siquiera revisó el lugar.

—Si no hay nada, no hay nada —respondió Álex, sin mirar atrás.

Josh era distinto. Más joven. Más inquieto. Todavía incapaz de aceptar el vacío como respuesta. Admiraba a Álex, pero esa admiración siempre venía acompañada de una sensación incómoda, como si estuviera viendo a alguien resolver un rompecabezas sin mirar las piezas. Los primeros casos llegaron sin aviso y, en una escena, apareció el detalle que lo cambiaría todo: una carta de póker. Un ocho de diamantes.

—¿Esto qué es? —preguntó Josh, agachándose. Álex la observó unos segundos. Solo unos segundos. Luego asintió.

—No es un error: es una decisión—. Y no explicó más. Luego vinieron otras: rey de picas, reina de tréboles, diez de corazones. Siempre una sola. Siempre limpia. Siempre en el lugar exacto.

—Es un patrón —insistió Josh—. Alguien está jugando.

—O alguien quiere que pensemos eso —sugirió Álex,

ya caminando hacia la salida.

Josh empezó a sentir que Puerto Ceniza era una mesa de juego invisible, que cada crimen era una jugada calculada. Álex nunca habló de teorías largas. Nunca explicó patrones. Simplemente indicaba el siguiente movimiento.

—Prepárense para otro, no tardará —aseguró una noche, y no tardó.

El policía Damián, correcto y fiel al procedimiento, se limitaba a registrar y obedecer. Confiaba en el orden, en la estructura y en que alguien más —Álex— supiera hacia dónde iban las cosas.

—Mientras sigamos el protocolo, todo estará bien —repetía para sí—, cuestionar demasiado es peligroso.

La llegada de Sara, investigadora especializada en análisis conductual, cambió el ambiente. Fue agregada al grupo para asegurarse de que las piezas encajen en los momentos adecuados. No hablaba mucho. No sonreía. Observaba como si midiera a cada persona y no solo al caso.

—Aquí todos están cansados —notó el primer día—. Eso también dice algo—. Su presencia hacía que el silencio pesara más. Sara no buscaba huellas ni armas. Buscaba reacciones, miradas, vacíos. Poco a poco, su atención se desvió del asesino hacia el equipo. Especialmente hacia Ricardo.

—Él no duerme —comentó Sara una tarde—. ¿Siempre fue así?

Ricardo era investigador auxiliar y viejo amigo de Álex. Torpe. Nervioso. Siempre cansado. Olvidaba detalles y, a veces, parecía no estar del todo presente.

—Solo está agotado —intervino Álex, con calma—.

Este caso nos está consumiendo a todos.

Josh notó algo más: Álex siempre llegaba a defenderlo antes de que alguien lo señalara. No con fuerza. No con insistencia. Solo lo suficiente para desviar la conversación. Las sospechas comenzaron a girar alrededor de Ricardo casi de forma natural.

—Es el más frágil —murmuró Damián—, así pasa—. Hasta que apareció el juego de póker incompleto en el departamento de Ricardo.

—Faltan cartas —dijo Josh, contándolas—. Las mismas de las escenas.

—¿Y esta? —preguntó—. Falta el bufón.

Álex no respondió. Josh sintió un escalofrío. No por la evidencia, sino porque Álex no parecía sorprendido. Y el interrogatorio no fue violento, fue peor:

—No te estoy acusando —dijo Sara, con voz suave—. Solo quiero entender.

Ricardo apretó las manos.

—Yo... yo no recuerdo haber salido esas noches.

—Eso es más común de lo que crees —respondió ella—. El cansancio hace cosas terribles.

—¿Entonces fui yo?

—No lo sé —dijo Sara—. Pero tú tampoco puedes asegurarlo, ¿verdad?

Cuando colocó las fotos de las cartas frente a él, Ricardo negó con la cabeza:

—Yo no sé jugar póker. Nunca me gustó.

—Eso es lo que tú recuerdas —contestó ella—. No siempre estás al mando.

El último asesinato cerró la narrativa. El bufón apareció sobre el cuerpo como la confirmación perfecta.

—Es el final —dijo Damián—. Ya está.

El informe de Sara fue impecable. Sugería sin afirmar. Describía sin acusar. Pero dejaba todo en su lugar. Ricardo fue arrestado.

—¿Y si no fui yo? —preguntó, antes de salir.

Álex no respondió y Josh dudaba, por primera vez, dudaba de Álex.

—¿Por qué nunca lo perseguimos? —preguntó una noche—. ¿Por qué nunca fuimos tras alguien?

—Porque no siempre hace falta —respondió Álex.

El caso se cerró. Puerto Ceniza respiró tranquila. Meses después, solo en su oficina, Álex abrió un cajón inferior del escritorio. Dentro había un juego de póker completo. Ninguna carta faltaba.

¿Porque Álex nunca había estado persiguiendo al asesino? nunca lo buscó, nunca lo interrogó, siempre supo dónde estaría la siguiente carta. Ricardo no fue el culpable perfecto, si no que fue el más conveniente. Álex guardó las cartas y apagó la luz. La ciudad descansó, convencida de haber encontrado justicia. Y así terminó la partida: el asesino ganó y Álex también. Por esta vez, la verdad perdió.

Este libro se terminó de editar en Julio de 2026 en las oficinas del Departamento de Instituciones Formadoras de Docentes y Actualización del Magisterio, Mérida, Yucatán, México; para las Ediciones Normalísimo Extraordinario.